EUGENIO NAVAS

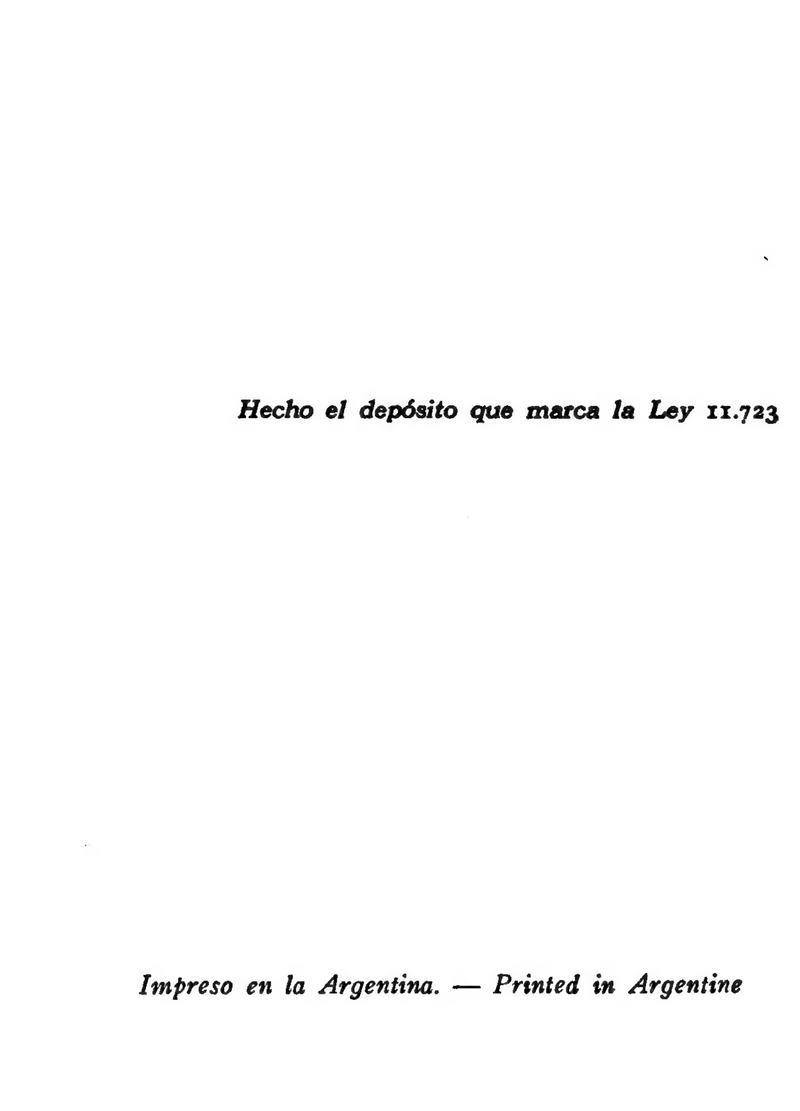
LA CUNA SIN HIJO



TEATRO DEL PUEBLO

BUENOS AIRES

LA CUNA SIN HIJO



Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en la Argentina. — Printed in Argentine

EUGENIO NAVAS

LA CUNA SIN HIJO

TEATRO DEL PUEBLO
BELGRANO 1768
BUENOS AIRES

PROLOGO

La función específica de la obra dramática, que radica primordialmente en su representación, no ha sido cumplida aún por esta obra; pero el publicarla le otorga el vehículo, asimismo fundamental, de su difusión y, por lo tanto, de su conocimiento.

Nos impele a esto último —además de una acendrada vocación y dedicación que atestiguan otras obras ya publicadas y representadas— el anhelo de expresar una posición frente a un hecho. Y, ante el mismo, exponer y evidenciar una realidad: la del teatro argentino en nuestro tiempo.

Motivo para ello nos lo ofrece el concurso realizado por Argentores a fines de 1945, y de acuerdo al cual se seleccionaron y premiaron veinte obras con el propósito de lograr su representación y demostrar, ante la creciente avalancha —que no selección, de lo foráneo— la tangible productividad y realidad del teatro argentino.

Todo ello, que pareció tan prometedor en cuanto a la intención, no lo fué por cierto en cuanto a los resultados, ya que el lapso de tres años transcurridos desde el fallo del concurso de Argentores nos permite comprobar una realidad y establecer una interrogación: ¿es que no interesa ya, acaso, el teatro argentino o es que las obras distinguidas y premiadas, y la mayoría no representadas ni

anunciada siquiera su representación, no justifican la distinción otorgada?

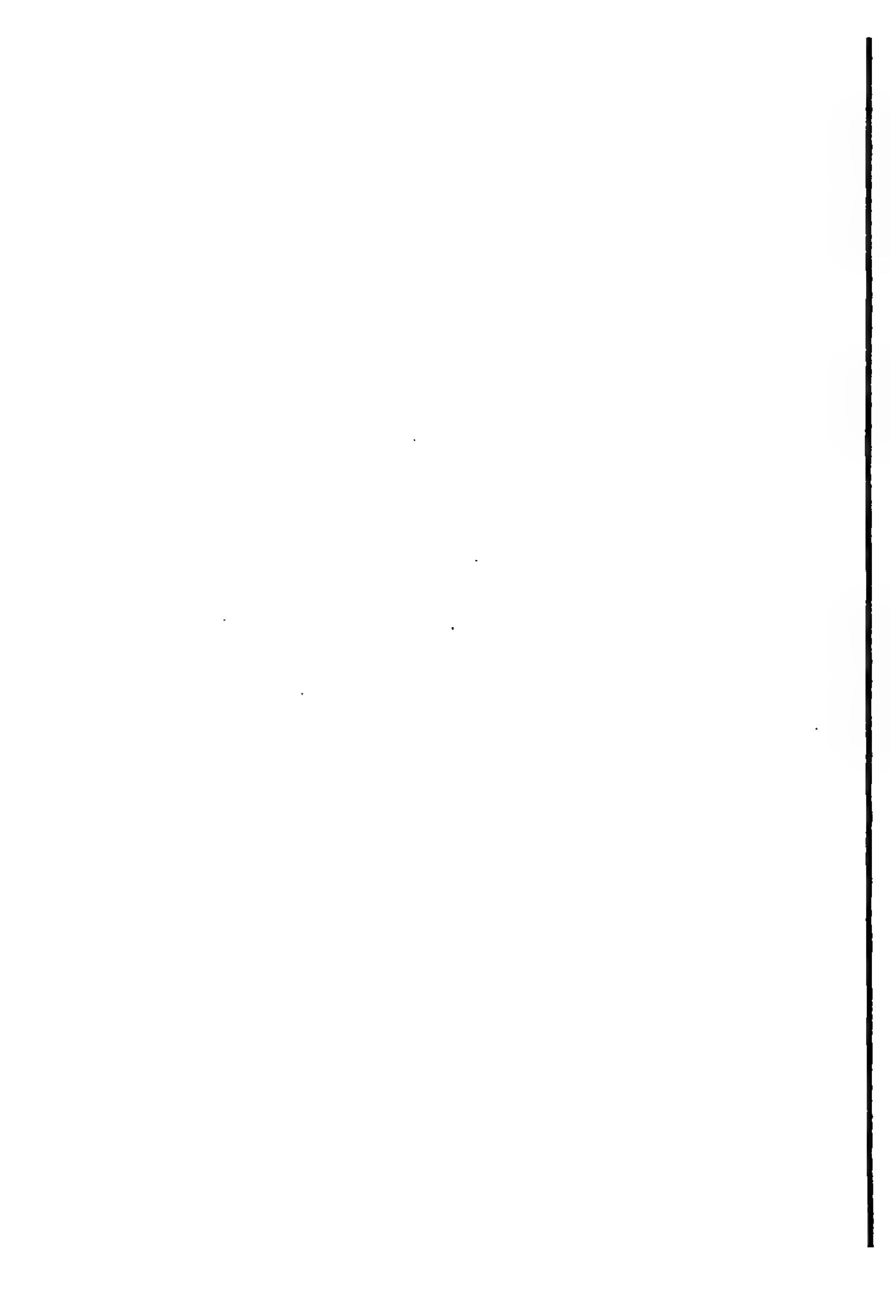
Esta apreciación es, desde luego, general, pero resulta a la vez básica. En cuanto a la primera interrogación es imposible decir que el teatro argentino —que posee acervo y tradición— deje de interesar. Siendo así, es posible hacerse mentalmente una pregunta respecto a lo que podríamos denominar el mecanismo seleccionador adoptado en el concurso y a las presumibles interferencias del mismo.

Por lo tanto, y porque es realmente curiosa la comprobación expuesta respecto a los resultados negativos en cuanto a las obras premiadas, y porque estimamos que toda obra (la nuestra en este caso, que no ha obtenido en el concurso de Argentores siquiera mención) posee el legítimo derecho a un más amplio jurado —en este caso el público lector— la damos a publicidad para que los lectores juzguen.

Y esta deseada confrontación, establecida sin acritud alguna (que no puede tenerla quien ha evidenciado por el contrario una larga y permanente propensión solidaria en lo social y en lo artístico), es tan sólo una posición ante un juicio, y una finalidad ante una vocación.

PERSONAJES:

ERNESTINA (25 años)
MERCEDES (55 años)
ALFREDO (30 años)
FERNANDO (60 años)
NORBERTO (60 años)
PRUDENCIO (20 años)
DON JOSE (40 años)
PEON (45 años)
DOCTOR (35 años)



ACTO I

(Interior con ventanal al jardín y al estudio de Ernestina. Esta viste con sencillez. Ademanes plásticos y delicados. Al entrar a escena viene con los pinceles, pues está trabajando en su Maternidad. *Al levantar el telón están en escena Alfredo y Fernando.)*

ESCENA I

Alfredo, Fernando, después Ernestina

ALFREDO. — *(A Fernando.)* ¿Un cigarrillo?

FERNANDO. — ¿Rubio?

ALFREDO. — Negro. *(Fernando retira un cigarrillo de la cigarrera de Alfredo.)* ¡Ya verá!... Ya verá cómo haremos de un erial un vergel...

FERNANDO. — ¿Habrá agua?

ALFREDO. — Si no la hay la buscaremos y la traeremos de donde la haya.

FERNANDO. — No quiero contradecirte.

ALFREDO. — No sólo se regarán esas tierras sino que levantaremos una fábrica de luz... un molino harinero. ¡Terminaremos con las velas de sebo... y lo otro!...

FERNANDO. — Dirán que estás loco.

ALFREDO. — No importa.

FERNANDO. — Además eso costará mucho.

ALFREDO. — Veremos de encontrar a alguien que quiera hacer patria sin pregonarlo.

FERNANDO. — La idea es magnífica.

ALFREDO. — Hace años que vengo soñando con esa ilusión. Hay que demostrar con hechos que para un haragán la sombra de un árbol no puede tener

el valor que tiene para el hombre de trabajo en sus horas de descanso...

FERNANDO. — Estoy contigo... Pero no te hagas muchas ilusiones con nuestros hombres; no tienen cariño al campo... al trabajo.

ALFREDO. — Los hombres de aquí no pueden encariñarse con la tierra, los árboles y sus frutos, porque no son dueños ni de lo más indispensable para vivir. Nuestros hombres de campo se encariñarán con la tierra cuando puedan besarla como a novia amada, madre amantísima... no obedecerla como a madrastra.

FERNANDO. — Te voy comprendiendo, Alfredo.

ALFREDO. — Hasta ahora el criollo y los que se acriollan no pudieron amarla porque en el momento de enamorarse de ella se opusieron los amos. Cuando los hombres de nuestro campo puedan apoyar su frente sobre su regazo, y acariciarla como acaricia la madre al hijo sobre su pecho; cuando puedan cantar puestos sobre el surco, la mano puesta sobre el arado y contemplar sonrientes el dorado de sus mieses... veremos a nuestros hombres dinámicos...

FERNANDO. — ¿Qué dice Ernestina de todo eso?

ALFREDO. — Encantada del proyecto...

FERNANDO. — A propósito, ¿cuándo es tu último examen?

ALFREDO. — La semana entrante, mediante un poco de suerte, me recibo de ingeniero y pondré manos a la obra.

FERNANDO.—¿Crees que habrá quien te siga?

ALFREDO. — Probaré. Pero antes de hacerlo no saldrá de mis labios una sola palabra de reproche para nuestros criollos.

FERNANDO.—Piensas arrendarles a bajo precio.

ALFREDO. — No me ha comprendido usted. Pienso hacerlos trabajar colectivamente.

FERNANDO. — Pero eso es socialismo...

ALFREDO. — No me interesa el nombre. Lo que sí me interesa es ver que en mi tierra pueden ser los hombres felices. Lo importante es hacer que produzca la tierra, no para mantener el parasitismo y la holgazanería y sí el engrandecimiento de sus habitantes.

FERNANDO. — Mucho pides...

ALFREDO. — No es mucho pedir para quien está dispuesto a darlo todo. Las tierras haraganas me son tan odiosas como los hombres. *(Aparece Ernestina.)*

ERNESTINA.—¿Hace mucho que has llegado?

ALFREDO. — Recién. Cinco minutos... *(Mirando el reloj.)*

ERNESTINA. — *(Aparece con los pinceles en la mano.)* Te oí, pero me tenía aprisionada la *Maternidad* y no me fué posible romper sus lazos.

ALFREDO. — ¿La has terminado?

ERNESTINA. — No sé.

FERNANDO. — Con los pinceles en la mano pierdes la noción del tiempo.

ERNESTINA. — *(Mirando cariñosamente a Alfredo.)* Estoy enamorada de mi Arte.

ALFREDO. — Sólo así se hacen las grandes obras: ¡con amor!

FERNANDO. — Sigue tu ideal y embellece la vida, que sólo así es digna de ser vivida.

ERNESTINA. — *(Acariciando a Fernando.)* ¡Cuánto te debo, papá! Me has dado alas para que me eleve...

FERNANDO. — Ya te presentaré la cuenta. ¡Y qué

cuenta! *(A Alfredo con intención.)* Los dos tendréis que rendírmela a su debido tiempo.

ALFREDO. — Anótelo en el debe...

FERNANDO. — Por equivocación lo tengo en el haber. *(Se oye la voz de Mercedes que llama a Ernestina.)*

ESCENA II

Dichos y Mercedes

ERNESTINA. — *(Yendo hacia la primera puerta derecha.)* ¿Me llamas, mamá?

MERCEDES. — ¿Dónde te has metido? *(A Fernando y Alfredo.)* ¿Cuándo habéis llegado?

FERNANDO. — Te vimos que estabas regando las plantas de la glorieta.

MERCEDES. — *(A Ernestina, por los pinceles.)* ¿Qué haces con eso en las manos?

ERNESTINA. — Dando los últimos toques a mi obra. A esa madre que, según tú, sólo le falta hablar.

MERCEDES. — Y que lo digas, hija. *(A Alfredo.)* ¿Cómo van esos estudios? ¿Cuándo te podremos decir señor ingeniero?...

ALFREDO. — No tan pronto como fueran mis deseos. Pero se van acercando los días... las horas... los minutos. *(Aparece Norberto, el viejo jardinero, quien viene con unas flores para "su niña".)*

ESCENA III

Dichos y Norberto

NORBERTO.—Muy buenas, señores.

FERNANDO. — Ahí lo tienes al amigo Norberto.

MERCEDES. — ¿Puedes cortarme unas flores para el centro de mesa?

NORBERTO. — *(Va marcando el mutis hacia el estudio de Ernestina.)* Veré si se puede. Hay unos capullos

que aún no han abierto... Hay muy pocas flores... apenas si pude recoger algunas para la "niña".

FERNANDO.—¿Cómo van esos almácigos?

NORBERTO. — En guerra continua...

FERNANDO. — Las hormigas son fuertes...

NORBERTO. — Pero no pueden conmigo. *(Hace mutis al estudio de Ernestina y vuelve a salir, cuando se indique, por el foro).*

ESCENA IV
Todos, menos Norberto

ALFREDO. — El hombre de confianza.

ERNESTINA. — El me enseñó a hacer los primeros dibujos. ¡Es un artista! Es tal su alma de artista que hasta para plantar un árbol o una planta estudia toda una teoría de la luz y el espacio.

MERCEDES. — Es muy delicado.

FERNANDO. — Y muy fiel.

ERNESTINA. — Donde es una maravilla es en el juego de colores. Allí ves un alhelí al que lo rondan varios pensamientos; una guardia de violetas más allá se entrelaza con el clavel y el nardo en diálogo permanente. Os digo que es una maravilla, una obra de artífice, las combinaciones de Norberto.

ALFREDO. — ¿Por qué no me enseñas tu último trabajo?

ERNESTINA. — Voy a arreglar las flores, acompáñame. *(A Mercedes.)* ¿Tomamos el té?

MERCEDES. — Bueno.

FERNANDO. — No tardéis.

ALFREDO. — Dos minutos. A mí también me tiene sojuzgado la *Maternidad* de Ernestina. *(Vánse los dos al estudio.)*

ESCENA V

Mercedes y Fernando

FERNANDO. — *(A Mercedes, que se queda un poco triste viéndolos alejarse.)* ¿Qué te pasa?

MERCEDES. — Nada.

FERNANDO. — *(Yendo hacia ella y acariciándole su cabello).* ¿Te sientes mal?

MERCEDES. — No, Fernando.

FERNANDO. — No seas chiquilla. *(Atrayéndola sobre su pecho besa su frente.)*

MERCEDES. — Se me entristece el alma al ver cómo asoman nuestras canas y se nos va el calor de nuestra hija.

FERNANDO.—No seamos egoístas... Es la vida, Mercedes, y no podemos ir contra ella.

MERCEDES. — Pienso en la soledad y se me entristece el alma...

FERNANDO. — Sobrepongámonos a ese pequeño amor egoísta... *(Riendo.)* ¿No sabes que Alfredo tiene para nosotros una cuenta en el debe? ¿No caes en el'o?

MERCEDES. — La verdad... te digo que no sé por dónde vas... En eso de los acertijos siempre he sido un poco torpe. Lo reconozco.

FERNANDO. — ¡Pero amada mía! ¿En verdad no aciertas?

MERCEDES. — No.

FERNANDO. — La cuenta en el debe... es... el... o los... ¡Ahora sí!... ¿No? ¡Los nietos! *(Mercedes abraza a Fernando y no puede evitar que asomen unas lágrimas.)*

MERCEDES. — ¡Fernando! Pero qué torpe soy. Las veces que pensaré en eso al cabo del día y ahora

no me pasaba por la cabeza. ¡El nieto has dicho! ¡Los nietos!

FERNANDO. — Ellos reemplazan a los hijos que ya pertenecen a otra vida...

MERCEDES. — Vendrá una nieta rubia... y otra morocha... y...

FERNANDO. — Dos varones machos, como padre y abuelo... ¡Ya verás! Volveremos a vivir para ellos y ellos nos harán vivir a nosotros una nueva vida... Los veremos capullos... flor... y semilla... ¡Semilla! ¡Plantar semilla! *(Se oyen las risas de Ernestina y Alfredo que entran en escena. Alfredo escucucha las últimas palabras de Fernando.)*

ESCENA VI

Dichos, Alfredo y Ernestina. Después Norberto

ALFREDO. — Verdadero evangelio de la vida. ¡Semilla! Nos las pide la tierra, el vientre puro de las madres. ¡La vida! Precisamos muchos sembradores de semillas y no aprovechadores del producto de ésta.

ERNESTINA. — *(Mercedes, un poco con el pensamiento en el nieto.)* ¿En qué piensas, mamá? ¡Dame un beso! *(Se besan.)*

MERCEDES. — *(A Alfredo.)* ¿Te gusta té o café?...

ALFREDO. — Me es igual.

MERCEDES. — *(A Ernestina.)* ¿Diste de comer a los canarios?

ERNESTINA. — ¿Había de olvidarlos ahora que están tan orgullosos con sus pichones?

NORBERTO. — *(Atraviesa la escena de derecha al foro, llevando en sus manos una pequeña linterna y un frasco.)*

ERNESTINA. — ¿Dónde vas, Norberto?

NORBERTO. — *(Con alguna comicidad.)* ¡Al campo de batalla!

ALFREDO. — ¿Guerrero has dicho?

NORBERTO. — Guerrero...

MERCEDES. — ¿Con tales armas?

NORBERTO. — ¿Les parecen a ustedes pocas?

FERNANDO. — Para un campo de batalla... En fin, cuando usted lo dice.

NORBERTO. — No son dichos sino hechos.

ERNESTINA. — Testimonio de ello: las flores.

NORBERTO. — Tú lo has dicho: las flores. ¿Voy yo a permitir que me derroten en mi propia casa? ¿Yo, que me desvelo noche y día, que las miro cómo crecen, que en nuestro diálogo me piden las proteja de sus enemigos que son los míos... ¿Me voy a dejar vencer sin lucha?

FERNANDO. — Te oigo hablar y me quedo en ayunas... ¿De qué lucha hablas?

NORBERTO. — De la que embellece a la vida.

ALFREDO. — Es usted un poeta, Norberto. *(Risas leves.)*

NORBERTO. — Se ríen porque no sé leer ni escribir.

ERNESTINA. — *(Acercándose hacia él.)* No, Norberto, no. Es que dices unas cosas...

NORBERTO. — Los poetas saben cantarle a la luna; a la mar... a la amada. Pero son pocos los poetas que luchan para embellecer la vida. Yo les canto con el trabajo a mis flores, a mis plantas. La tierra acaricia suavemente mis manos y yo me engarzo en ella emocionado.

ALFREDO. — Todo eso es poesía, amigo Norberto.

NORBERTO. — Me han declarado guerra las hormigas y yo acepto el combate.

MERCEDES. — ¿Los hormigas?

ERNESTINA. — Su enemigo...

NORBERTO. — ¿Voy yo a permitir que destrocen tu pasión *(A Ernestina)* las flores *(Marca el mutis)* que son la poesía eterna?

ERNESTINA. — ¡Gracias, Norberto!

NORBERTO. — Todos queremos justificar a las hormigas porque son trabajadoras. ¿Pero qué crean? ¡Si fueran como las abejas, compañeras y maestras del hombre!

ALFREDO. — Tiene razón Norberto. Sólo es digno de alabanza el trabajo que dignifica la vida.

NORBERTO. — ¿No tiene derecho el rosal a florecer?

FERNANDO. — Cierto.

NORBERTO. — ¿En nombre de qué ley o derecho destrozamos su vida?

ALFREDO. — En el de la fuerza... la razón y la belleza no cuenta para nada.

NORBERTO. — Hay madres que no hacen otro trabajo que el que hacen las hormigas. *(A Ernestina.)*

¡No me dejaré arrebatar tus flores que son tu pasión, mi vida! *(Váse).*

ESCENA VII

Todos menos Norberto

FERNANDO. — Para decirnos que va a perseguir a las hormigas nos ha dado toda una lección.

ERNESTINA. — Es que lleva la poesía en su alma. ¡Sus flores! Que nadie las insulte diciendo que son feas.

ALFREDO. — Lo toma muy a pecho.

ERNESTINA. — El sabe astronomía... que en cuarto menguante no se pueden trasplantar esto o aquello: que con luna creciente o llena brotan con más brío éstas o las otras... en fin, un señor astrónomo.

ALFREDO. — Un artista.

FERNANDO. — Analfabeto.

ERNESTINA. — Cuantas veces le he propuesto enseñarle a leer y escribir, otras tantas lo ha rechazado. "Me sé de memoria el libro de la vida que es la conciencia", me ha dicho muchas veces.

MERCEDES. — ¿No os habéis fijado alguna vez cómo habla con las flores? Yo a veces dudo...

ERNESTINA. — *(Borrando el pequeño pensamiento de Mercedes.)* Como todo artista frente a su obra. Cuando la obra del artista tiene vida se puede dialogar con ella. Su creador vive sus inquietudes y nadie que no sea él puede sentir el ansia y el placer al mismo tiempo.

FERNANDO. — Es original Norberto. A veces le dan las dos de la mañana y él sigue en su puesto derrotando a las "Atilas" como él dice.

ALFREDO. — No me explico cómo sabe él de esas cosas no sabiendo leer.

MERCEDES. — Tiene una memoria prodigiosa.

ERNESTINA. — Y un sentido humano de la vida. A veces le he preguntado por qué persigue a las hormigas y él me ha contestado: "Porque destrozan la vida en flor sin ser creadoras de nada Son como los campos de batalla donde se riega la tierra con sangre para anu ar el sentimien o".

ALFREDO. — No le falta razón. Son trabajadoras sí, pero también lo es el usurero y con su trabajo destroza la vida de los demás. ¡En cuanto a los campos de batalla... que hablen las madres!

MERCEDES. — *(Vase Mercedes segundo término derecha.)*

FERNANDO. — ¡Los campos de batalla! ¡Las madres! *(Yendo hacia el mutis al foro.)* ¿Hasta cuándo? *(Sale. Una cortina en primer término izquierda es descorrida por Ernestina, viéndose el estudio de ésta. Sobre un caballete, una tela,* Maternidad. *Al descorrer una pequeña cortina, entra por la ventana un pequeño haz de luna que va a oparse sobre la tela.)*

ESCENA VIII

Ernestina y Alfredo

ERNESTINA. — ¿Cómo tardaste tanto?

ALFREDO. — Tuve que dar una batalla a los números, como diría Norberto.

ERNESTO. — No te burles, Alfredo.

ALFREDO. — Carezco de esa habilidad. ¿Estás celosa?

ERNESTINA. — ¿Yo?

ALFREDO. — Sí.

ERNESTINA. — No padezco de esa enfermedad.

ALFREDO. — Pues si yo fuera médico daría ese diagnóstico.

ERNESTINA. — ¡Pobre enfermo!

ALFREDO. — ¿Quiere decir que estoy equivocado?

ERNESTINA. — Según la expresión de tu pensamiento...

ALFREDO. — *(Tomándola de las manos y atrayéndola hacia sí.)* Que es el tuyo...

ERNESTINA. — ¡Alfredo!

ALFREDO. — ¡Mis ojos en tus ojos! ¡Mis labios en los tuyos! ¡Mi corazón y mi vida en ti!

ERNESTINA. — ¡Alfredo! ¿Por qué me hablas de celos si lo que hay en mí sólo es amor? Cuento los años, los meses, los días y las horas y te veo siempre enamorado. Dándome aliento para realizar mi obra. ¡Tu obra! *(Alfredo comprende la última palabra y la estrecha fuertemente en un abrazo y un beso. Hay un pequeño silencio.)*

ALFREDO. — ¿Quieres que te diga por qué tardé?

ERNESTINA. — No. Perdóname. *(Alfredo quiere hablar, pero Ernestina le pone la mano en su boca y lo impide.)* No se hable más de eso.

ALFREDO. — Te quiero dar una sorpresa.

ERNESTINA. — ¿A ver?

ALFREDO. — *(Saca del bolsillo del saco un pequeño plano que le irá mostrando a Ernestina a medida que va hablando.)* ¡Toma!

ERNESTINA. — ¿Qué es esto?

ALFREDO. — Míralo. *(Ernestina lo desenrrolla y se queda mirando a Alfredo.)* Nuestro plan a desarrollar. Quería terminar mis estudios y el plan a un tiempo. Dentro de unos días te entregaré mi diploma.

ERNESTINA. — Es plan de muchos años...

ALFREDO. — De toda una vida. ¿Ves esto? Es nuestro nido de amor. *(Se miran sonrientes, llenos de vida.)* Rodeando éste, un pequeño jardín para las plantas más delicadas. A los pies de éstas una cascada besará, siempre que tú lo desees, tus diminutos pies, tus níveas manos y tu hermoso cuerpo.

ERNESTINA. — ¡Alfredo! *(Lo besa.)* En este pequeño altozano plantaremos almendros que serán los centinelas de la primavera.

ERNESTINA. — Que maravilloso es todo esto.

ALFREDO. — Esto es el dique con cuyas aguas regaremos todas estas tierras. Aquí, a sus pies, haremos una usina, y aprovechando sus aguas daremos luz a todos estos contornos. Y sobre este camino muchos árboles donde puedan anidar los pájaros y buscar frescura y sombra el caminante.

ERNESTINA. — ¡Qué artista eres, Alfredo!

ALFREDO. — Esto que ves aquí, es un pequeño arroyuelo al que haremos cruzar a orillas del jardín para que puedan beber en él las madreselvas. Y

aquí, que es lo más importante, las viviendas sanas llenas de aire y luz de los hombres de trabajo. Nada de rancho, símbolo de miseria. Guerra a las velas de sebo y al analfabetismo. He aquí la escuela. Escuela con maestro pago. Y maestro con responsabilidad. Hemos de ver llegar el día en que estas tierras haraganas pasen a ser pechos abundantes de néctar en manos de hombres libres.

ERNESTINA. — ¡La luz, el paisaje y la canción! ¡Qué poema más maravilloso!

ALFREDO. — Pondremos en ello todas nuestras ilusiones, nuestras fuerzas... Nuestro corazón nos lleva hacia ello y aunque sangremos en el camino hemos de recorrerlo hasta llegar a borrar de la vida la angustia del día sin pan y sin trabajo.

ERNESTINA. — Te escucho y me parece un sueño.

ALFREDO. — Crearemos una comunidad de hombres libres, en pensamiento y religión, se llame esto música, arte o naturaleza.

ERNESTINA. — Que humano es todo eso, Alfredo.

ALFREDO. — Buscaremos el camino de la serenidad, sin claudicaciones y con el máximo respeto para nuestros negadores. *(Dichos y Mercedes.)*

MERCEDES. — *(Al mutis.)* ¿Molesto?

ERNESTINA. — Mamá. ¿Escuchaste?...

MERCEDES. — No. Ya estoy algo enterada de los planes de Alfredo... He dicho planes, es decir, fantasías... ¿Queréis tomar el café?

ERNESTINA. — Ven, mamá.

MERCEDES. — *(Acercándose hacia ellos.)* ¿Qué quieres?

ERNESTINA. — Los proyectos de Alfredo. Mira... *(Mostrándoselos.)*

MERCEDES. — Estáis en la edad de soñar, y hacéis bien. Vale más vivir un año lleno de ilusiones que diez amargados.

ALFREDO. — El trabajo y el reposo han de ser la alegría de la vida.

MERCEDES. — Vamos, antes que se enfríe *(Vanse los tres. Después de un pequeño intervalo aparece Prudencio y cuando se indique, Norberto.)*

ESCENA IX

Prudencio y Norberto

PRUDENCIO. — *(Atraviesa la escena pasando al estudio de Ernestina, donde pone algunas cosas en orden. Cubre la tela que está encima del caballete, cierra el pequeño ventanal y se dispone para el mutis encontrándose con Norberto, que viene con una pequeña planta puesta en su maceta, con la que hace mutis cuando se indique, al interior, primera derecha.)* ¡Oiga!

NORBERTO. — ¿Qué quieres?

PRUDENCIO. — ¿Tiene usted llave de la puerta de calle?

NORBERTO. — Sí.

PRUDENCIO. — ¿Me la puede prestar?

NORBERTO. — Está la puerta abierta.

PRUDENCIO. — La preciso para después. *(Como quien dice un secreto.)* Tengo un programa.

NORBERTO. — ¿Cine o teatro?

PRUDENCIO. — Calle y sombra. ¡Ando metido con una viuda!

NORBERTO. — ¿De segunda mano? Malo...

PRUDENCIO. — Es una viuda muy forrada de plata...

NORBERTO. — ¿Y vos andás por hacerle el amor?

PRUDENCIO. — Yo ando detrás para ver si uno puede... ¿Usted me comprende, no?

NORBERTO. — Andá, andá. A tu edad no precisaba yo llaves para nada. La verja de hierro o los cercos de arbustos para mí no tenían valla. ¡Pero eso sí! ¡Nunca para ir detrás de viudas!

PRUDENCIO. — ¿Me la presta por esta noche?

NORBERTO. — Ten cuidado, no te confundan con un ladrón y vayas a pasar un mal rato.

PRUDENCIO. — *(Pensando en el programa.)* ¿Quiere usted un cigarrillo?

NORBERTO. — Bueno. *(Fumando.)* ¿Qué marca fumás? *(Indicando que es muy malo.)*

PRUDENCIO. — *(Aquí una marca.)* De treinta.

NORBERTO. — La docena.

PRUDENCIO. — *(Mira y se da cuenta que le ha dado de los que tiene para responder a los pedidos de los que fuman de garrón.)* Tiene razón, tírelo; me he equivocado de bolsillo. *(Le ofrece.)* Estos los tengo para los que no llevan cigarrillos consigo para no fumar, pero están todo el día echando humo a costa del bolsillo ajeno.

NORBERTO. — Tenés razón. Esto ya es otra cosa.

PRUDENCIO. — ¡Ya lo creo! Como que éstos no los

fuman nada más que amigos como usted. De la llave... ¿qué?

NORBERTO. — A la hora de salida me vienes a ver.

PRUDENCIO. — Gracias por el favor. *(Vase contento.)*

NORBERTO. — ¡Veinte años!... Edad sin responsabilidad y sin conciencia. *(Vase).*

ESCENA X

Alfredo, Fernando y Ernestina

ALFREDO. — *(Aparecen éste, Ernestina y Fernando dialogando bajo. Toman asiento y después de encender un cigarrillo sigue el diálogo.)* Estoy firmemente seguro que los hombres han de cantar y reír durante el trabajo.

FERNANDO. — ¿Lo conseguirás?

ALFREDO. — Sí. *(Afirmativo.)* Cuando ellos puedan acariciar la tierra como se acaricia a la novia o a la madre. Cuando hermanados con ella puedan darle su sangre a cambio de sus frutos, desaparecerá la tristeza y el dolor del día sin pan y el pago sin hambre... Los hombres y los niños podrán cantar y reír sin tener envidia a los pájaros. Se anulará el odio reconcentrado de la ciudad al campo y del campo a la ciudad.

FERNANDO. — Cierto.

ALFREDO. — Hoy huyen los hombres del campo a la ciudades. ¿A qué? A crear más dolor y miseria. ¿Por qué? Porque las tierras en poder de quien no ama más que a sus rentas no dan pan ni alegría a los que a ella se entregan. La tierra, las fábricas, la ciencia y el pobre, hay que ponerlo al término de la comunidad. Ya es hora que los pueblos puedan

vivir de su trabajo y no de las migajas que les arrojen los que viven del dolor ajeno.

FERNANDO. — *(Se levanta, va hacia él y lo abraza.)* ¡Lindo! ¡Así hablan los hombres! No tengas en cuenta mi edad ni mis achaques, pero sí mi espíritu de lucha para seguirte.

ERNESTINA. — ¡Papá! *(Emocionada situación.)*

ALFREDO. — Nuestros criollos y los que se acriollaron no encuentran calor a sus esfuerzos sino desprecio y vasallaje. Es hora de terminar con todo eso antes de que sea tarde. Nuestros campesinos no conocen el mantel limpio ni la cama suave... Son judíos errantes porque así lo disponen quienes conocen sus tierras sólo por sus rentas.

FERNANDO. — Si te oyeran hablar dirían que eres un revoltoso... un revolucionario.

ALFREDO. — No me interesa lo que puedan decir... No se puede hablar de riqueza sin pensar en el factor humano. La vida no está en esa riqueza material que endurece el alma y hace de los sentimientos juegos malabares. Hay que ir en busca del corazón de los hombres, despertar sus sentimientos, abrirles los ojos a la realidad para que vean el fuego que avanza y sólo un sentido de solidaridad humana podrá salvarnos. ¡Hay que libertar el trabajo dignificándolo! ¡Hay que libertar a la tierra amándola! ¡Sólo así el hombre es libre!

ERNESTINA. — ¡Alfredo! Hay muchos forjadores de cadenas y pocos de tolerancia. Hay muchos zánganos para colmena tan pequeña...

ALFREDO. — ¡Nuestros criollos! Criollos de zapatillas y camiseta. El que tiene la Pampa amplia y libre vive encadenado a los alambrados. No tiene regazo ni sombra en el camino. Sólo puede poner

su amor en la linyera, compañera fiel en su peregrinaje.

ESCENA XI

Dichos y Mercedes

MERCEDES. — *(Desde el mutis.)* ¿Quieres escuchar a Fal.a?

FERNANDO. — Uno de mis autores preferidos. *(Marcando el mutis.)*

ERNESTINA. — A mí me encanta.

ALFREDO. — Es que su música tiene raíz de pueblo y sin éste no hay vida.

FERNANDO. — Vamos *(Vase.)*

MERCEDES. — Si queréis *(A Ernestina y Alfredo)* podéis quedaros. Elevo un poco el volumen de voz y podéis escucharlo. *(Mutis.)*

ERNESTINA. — Bueno, mamá.

ESCENA XII

Ernestina y Alfredo

ALFREDO. — *(Oyendo la música* "En los jardines de España", *de Fal'a.)* ¡Qué delicia poderse dormir arrul'ado por la música y acariciado por tu amor!

ERNESTINA. — ¡Alfredo! Si yo pudiera poner ante ti todas las imágenes de mi pensamiento. Llevo un torrente de emociones en mi pecho y eres tú el dique donde pide reposo.

ALFREDO. — ¡Ernestina! Se acerca el día y con él la hora de nuestro gran ideal. ¡Tu Maternidad y

mi Trabajo! ¡Es hora de que los hombres se descubran frente a él!

ERNESTINA. — Quiero tenerte entre mis brazos para que reposes en ellos después de la jornada.

ALFREDO. — ¡Y yo embriagarme en tus labios! ¡Mirarme en tus ojos y ver en ellos la pureza de tu alma!

ERNESTINA. — ¡Alfredo!

ALFREDO. — ¡Nos convida la música a recorrer ese camino de la vida!

ERNESTINA. — Y a engarzar ésta en una sola. ¡Nuestro amor!

ALFREDO. — Nuestra vida esparciéndolo a través del infinito para aromar la canción del caminante, la cuna del hijo y el dolor de los que sufren.

ERNESTINA. — ¿Oyes con qué libertad nos dan sus armonías y convidan al hombre a gozar de la vida? ¡Vamos hacia la música, la canción... la poesía y el trabajo, con el corazón rebosante de sentimientos y el pensamiento en libertad!

ALFREDO. — Hay que inundar el mundo de esos valores eternos.

ERNESTINA. — ¡Amor!

ALFREDO. — ¡Vida!

ERNESTINA. — ¡Alfredo!

ALFREDO. — ¡Ernestina! *(Hay un pequeño silencio en el cual dialogan los ojos de Alfredo y Ernestina. Después de una pequeña pausa y como quien sale de un sueño, van saliendo las palabras. La música*

vá perdiendo volumen hasta el silencio total.) Cuánta dulzura hay en tu voz...

ERNESTINA. — Es que bebo en tu correntada...

ALFREDO. — Eres tú quien me llevas... Son tus ojos... Es tu voz... Tus labios. Es el olor de tu cabello... ¡Es tu cuerpo de diosa!

ERNESTINA. — Marchemos. Marchemos por el sendero de la libertad, de la tolerancia, del bien...

ALFREDO. — *(Apasionado.)* ¡Tengo ansias de poder posar mi frente sobre tu vientre maternal y percibir una nueva vida! ¡Sentir que mis brazos al estrechar tu cuerpo ya no son mis brazos sino que es todo mi ser! ¡Unir mis labios a los tuyos y poder seguir bebiendo sin saciar mi sed! ¡Ernestina! ¡Qué ansias tengo de vida!

ERNESTINA. — *(Tomándole la cabeza entre sus manos y besándole fuertemente.)* ¡Alfredo!...

ALFREDO. — ¡Qué frescura hay en tu boca! ¡Déjame beber! ¡Beber!

ERNESTINA. — ¡Mi Alfredo!

ALFREDO. — ¡Tuyo! ¡Tuyo!

TELON

ACTO II

En las sierras de Córdoba

(La escena representa un paisaje de campo al lado de un arroyo. Unos sauces y varias mecedoras distribuídas por la escena. En segundo término galería, sobre ésta una pequeña mesita con labores de niño. Al fondo en perspectiva la sierra. Al levantarse el telón se oye el trinar de pájaros y el murmullo de una cascada. Primeras horas de la mañana. Ernestina y Alfredo en traje de montar a caballo. Durante unos segundos la escena está sin personajes.)

ESCENA I

Ernestina y Alfredo

ALFREDO. — ¡Qué espléndido día!

ERNESTINA. — Soberbio.

ALFREDO. — ¿Qué te parece si diéramos un paseo a caballo?

ERNESTINA. — Lo que tú digas.

ALFREDO. — Te hará bien, y volveremos con apetito.

ERNESTINA. — Tu voluntad es la mía.

ALFREDO. — Mimosa. *(La toma de las manos.)*

ERNESTINA. — Qué magnífico paisaje.

ALFREDO. — Espera tu paleta para que le arranque los colores.

ERNESTINA. — ¿Y vos?

ALFREDO. — Tus labios. *(La besa.)*

ERNESTINA. — *(Que ve venir a don José.)* ¿Oyes? *(Escuchan.)*

ALFREDO. —Mutación de labios.

ERNESTINA. — Ahí llega don José *(Aparece éste.)*

ESCENA II

Dichos y don José

DON JOSE. — Buen día...

TODOS. — Muy buenos, don José.

DON JOSE. — ¿Precisan algo los señores? Voy hasta el Correo.

ALFREDO. — ¿No podría prepararnos dos caballos para ir a dar un paseo?

DON JOSE. — Lo que usted ordene.

ALFREDO. — Oiga. Prepárenos el zaino y el malacara.

DON JOSE. — ¿El zaino?

ALFREDO. — ¿No está libre?

DON JOSE. — ¿Para usted?

ERNESTINA. — Para mí. ¡Es tan simpático!

DON JOSE. — Para usted no puede ser, señora.

ERNESTINA. — ¿Por qué? ¿No es manso?

DON JOSE. — Manso... lo que se dice manso sí que lo es. ¡Pero es muy enamoradizo! *(Risas.)* ¿Quiere usted que le prepare el tordillo?

ERNESTINA. — Lo que usted diga. *(Como disculpándose.)*

DON JOSE. — Para mí es igual uno que otro... pero no quisiera que sucediera alguna desgracia.

ALFREDO. — Así que había sido enamorado. *(Medio mutis de Ernestina.)*

DON JOSE. — Y que no repara en nada... Si se le presenta un programa, como dicen que se dice, sale juyendo como alma que lleva el diablo sin respetar a nadie. ¡Es muy fiero el zaino! *(Risas.)*

ALFREDO. — Está bien, don José. Prepárenos el tordillo y el malacara.

DON JOSE. — ¿Debo acompañarlos?

ALFREDO. — No, iremos solos.

ERNESTINA. — *(Aparece con un pañuelo puesto sobre la cabeza.)* ¿Se pusieron de acuerdo?

ALFREDO. — Llevamos el tordillo y el malacara.

ERNESTINA. — Es tan simpático el zaino.

DON JOSE. — Pero es muy enamorao, señora.

ALFREDO. — Téngalos preparados que vamos en seguida.

DON JOSE. — Está bien. *(Vase.)*

ALFREDO. — Don José tiene simpatía por el tordillo.

ERNESTINA. — Estos hombres viven encariñados con los animales.

ALFREDO. — ¿Y tú?

ERNESTINA. — ¡Te amo! *(Se estrechan las manos y hay un pequeño silencio.)*

ESCENA III

Ernestina, Alfredo y Fernando

FERNANDO. — *(Entra en escena con una pala y una regadera. Viene canturreando.)* ¿Aún están aquí?

ALFREDO. — Estamos esperando los caballos para dar un paseo.

ERNESTINA. — ¿Quieres venir con nosotros?

FERNANDO. — No. *(Sigue el canturreo.)*

ERNESTINA. — Qué contento vienes, papá.

FERNANDO. — ¿Sabéis dónde voy?

ERNESTINA. — A que lo adivino. *(Por la regadera.)* A regar...

FERNANDO. — Tú lo has dicho, a regar. Pero, ¿de dónde vengo?

ALFREDO. — *(Después de mirar a Ernestina.)* No acierta.

FERNANDO. — Vengo de plantar un árbol. *(Señalando.)* En el altozano he plantado un almendro y he sentido una emoción al enterrar sus raíces en las entrañas de la tierra, que no sé si lo que surcó mi cara fué una gota de sudor por el esfuerzo o una lágrima de alegría.

ERNESTINA. — *(Emocionada.)* ¡Papá!

FERNANDO. — Y cuando recojáis los primeros frutos y aspiréis los primeros aromas tendréis un recuerdo para mí. *(A la hija.)* Y cuando el fruto de tu vientre, vuestro hijo, vea la vida, yo lo llevaré allí para que respire su perfume.

ERNESTINA. — ¡Papá! *(Lo besa y Alfredo la estrecha entre sus brazos.)*

FERNANDO. — Ahora voy a regar unas plantas de flores. He plantado un árbol y unos claveles. ¿Quién de los tres me dará la primera flor?

ERNESTINA. — ¡Mis entrañas! *(Lo besa fuertemente.)*

FERNANDO. — ¡Gracias! *(Vase emocionado. Pequeña pausa llena de silencio.)*

ESCENA IV

Ernestina y Alfredo

ALFREDO. — Me ha emocionado. *(Pausa.)*

ERNESTINA. — Espera el nieto.

ALFREDO. — *(Tomándole las manos.)* Y vendrá el nuevo sol a alumbrar nuestra felicidad. ¡Mi vida!

ERNESTINA. — No hagamos locuras.

ALFREDO. — ¡Te amo!

ERNESTINA. — Cuánta belleza nos rodea.

ALFREDO. — Toda ella es reflejo de la tuya.

ERNESTINA. — ¡Alfredo!

ALFREDO. — La serenidad de este cielo está en tus ojos. La frescura de esta fuente en tu boca... y el hechizo de todo este silencio está en ti.

ERNESTINA. — ¡Alfredo! Tú eres la llama que inspira todo esto...

ALFREDO. — Todo el sonido maravilloso de este mundo se concentra en la musicalidad de tus palabras. ¿Quieres que en nuestro paseo vayamos hasta la fuente?

ERNESTINA. — ¿Para qué?

ALFREDO. — Para que te mires en ella.

ERNESTINA. — ¿Y tus ojos?

ALFREDO. — E tarán ciegos sin la luz de los tuyos. Vámonos hacia la fuente y al compás de su canción dialogaremos sobre nuestro hijo... ¡Nuestro amor!

ERNESTINA. — *(Marcando el mutis.)* ¿Qué dirá la fuente?

ALFREDO. — *(Rodeándole su cintura y tomándole una de sus manos.)* Cantará de alegría. ¡Te mirarás en ella y sus aguas serán más puras! *(Mutis.)*

ESCENA V

Prudencio y Peón

(Aparece Peón; tipo pachorriento. Viste bombacha, pañuelo al cuello, zapatillas y sombrero de regular tamaño.)

PEON. — *(Golpea las manos y aparece Prudencio.)*

PRUDENCIO. — ¿Qué quiere?

PEON. — Buen día, don. *(Se encuentra un poco bebido.)*

PRUDENCIO. — ¿Qué desea?

PEON. — Vea... yo quería...

PRUDENCIO. — Dormirla... ¿no?

PEON. — Y de no...

PRUDENCIO. — Hay que beber menos.

PEON. — Me he chupau...

PRUDENCIO. — No se haga ver del capataz.

PEON. — ¡Epa, compañero!

PRUDENCIO. — Si lo ve don José lo va a despedir... No se haga ver... Escóndase.

PEON. — Yo no tengo vizcachera y duermo de cara al sol.

PRUDENCIO. — Bueno... pero hágame caso, amigo. Echese una siestita y después, sereno. se presenta.

PEON. — *(Sacando una botella del bolsillo de la bombacha.)* Chupe, compañero...

PRUDENCIO. — ¿Qué es?

PEON. — Criolla pura. Caña.

PRUDENCIO. — Es muy fuerte.

PEON. — Diga, don. ¿No tiene a mano para una pitada?

PRUDENCIO. — ¿Usted fuma?

PEON. — Echo humo...

PRUDENCIO. — Sírvase. *(Le da un cigarrillo que el Peón toma. Este lo mira y requetemira, lo huele y se lo devuelve socarronamente.)*

PEON. — Diga, don.

PRUDENCIO. — ¿Qué le pasa?

PEON. — Se olvidó de bolsillo... *(Con intención.)* Usted me ha confundido...

PRUDENCIO.—¿Qué?

PEON. — Se olvidó del sexo... *(risitas.)* Este es tabaco pa hembras... tiene olor a... ¿me comprende, no?

PRUDENCIO. — Pues no tengo otro... *(Haciéndole una guiñadita.)*

PEON. — Bueno... vea; lo voy a fumar pa acostumbrarme al olor... ¿Usted me comprende, no?

PRUDENCIO. — Sí, hombre, sí.

PEON. — Eche un trago, compañero, que esto mata los malos recuerdos. *(Le alarga la botella que Prudencio no acepta.)*

PRUDENCIO. — Para mí es muy fuerte.

PEON. — Que había sido flojo el mozo. ¿Sabe a lo que vengo?

PRUDENCIO. — No.

PEON. — A pedir un pequeño adelanto.

PRUDENCIO. — Dígale a don José.

PEON. — No me atrevo... Tengo una pequeña cuentita con él, pero como yo sé que el señor es muy bueno... Puede ser, ¿no?...

PRUDENCIO. — No sé.

PEON. — ¡Chupe! *(Bebe él.)* Dicen que dice el señor que nos va a proteger a todos los criollos.

PRUDENCIO. — Así es, amigo. De aquí a unos años todo esto que estará lleno de árboles, y otras muchas cosas serán de todos... nosotros.

PEON. — ¿De todos?. *(Desconfiado.)* Me huele a voto cantado... *(Rascándose la cabeza.)*

PRUDENCIO. — No confunda. amigo... El señor ingeniero hace obra, no política...

PEON. — ... Y bueno, si es así, habrá que trabajar, ¿no?

PRUDENCIO. — Trabajará y después se podrá bañar...

PEON. — ¿Y pa qué?

PRUDENCIO. — Para estar limpio.

PEON. — Yo tengo el rocío de la noche...

PRUDENCIO. — Pero no basta.

PEON. — Que se bañen los sucios. ¡Estaría bueno que ahora después de media vida tuviera que bañarme!

PRUDENCIO. — Retírese, que viene el ingeniero. *(Prudencio al mutis.)*

PEON. — *(Marcando el mutis cada uno por diferente sitio.)* Acuérdese del encarguito, ¿no? Hay que tener... eso... soli... da... ri... dad... ¿No?

PRUDENCIO. — Vaya tranquilo. *(Mutis de los dos.)*

ESCENA VI

Ernestina y Alfredo, después Fernando y don José

ERNESTINA. — *(Entra corriendo, un poco sofocada, con la cabellera suelta sobre las espaldas. Llega riendo y sube esta risa hasta terminar en carcajada, al mismo tiempo que cae sentada en el sillón. Alfredo detrás, con una flor en la mano, va hacia ella y se la entrega.)* Estoy cansada.

ALFREDO. — *(Sentado junto a ella.)* Hemos corrido mucho.

ERNESTINA. — Tuya es la culpa.

ALFREDO. — Es que nunca te he visto tan radiante... ¡tan seductora!...

ERNESTINA. — *(Acariciándole las manos.)* Seamos formales.

ALFREDO. — Tenía ansias de desnudarte para que el sol acariciara tu cuerpo.

ERNESTINA. — *(Cariñosamente.)* Loco... loquito. ¿No piensas que nos pueden ver?

ALFREDO. — Cómo se reirían de nosotros los pajarillos si comprendieran nuestros prejuicios. Cuando mis brazos tienen ansias de estrecharte... Cuando mis ojos buscan los tuyos y mis labios van en busca de frescura... Cuando mi corazón pide engarzarse en ti para que nuestro... ¿Me oyes, amor mío?... para que nuestro hijo reciba la riqueza de este amor... dices que nos pueden ver... ¡Y qué! ¡Que cierren los ojos los que temen a la vida!

ERNESTINA. — ¡Alfredo! ¡Cómo embriagas mi alma!

ALFREDO. — Y cómo se ensancha mi corazón junto a ti. *(Se estrechan las manos y se miran en silencio. Pequeña pausa.)* ¿Quieres descansar un poco?

ERNESTINA. — Sí. *(Hacen mutis segundo término derecha, galería.)*

DON JOSE. — *(Aparece don José con un rebenque en la mano por el foro, dialogando con Fernando.)* Créame, señor, se reirían de usted.

FERNANDO. — ¿Por qué se han de reír?

DON JOSE. — Porque aquí nadie cree en esas cosas. Todos los que han venido con promesas, una vez recogido el voto no se acordaron más de estos pagos.

FERNANDO. — Pero nosotros no venimos a pedir. Queremos hacer de este pedazo de suelo, hogar donde puedan vivir decentemente los hombres de trabajo. Aquí no habrá alambrado de tierras inútiles. Habrá libertad de la cual se nutre la dignidad humana.

DON JOSE. — Son muy desconfiados, don Fernando. Han prometido y no cumplido tantas veces cosas parecidas a ésas, que nadie cree...

FERNANDO. — Nadie promete más que lo que ellos sean capaces de hacer. Yo no soy político... El ingeniero tampoco.

DON JOSE. — Ustedes mandan...

FERNANDO. — Lo que nosotros queremos es, con el esfuerzo de todos, levantar un pueblo que al compás del trabajo sepa cantar y reír al mismo tiempo. ¿Qué se precisa para ello? ¿Herramientas? Las hay. ¿Agua? Haremos una represa para poder regar todo este valle... Con voluntad creadora formaremos una especie de colectividad de todos los manantiales naturales y humanos. ¿Me comprendes?

DON JOSE. — No del todo. Pero si precisa una herramienta para levantar esa obra cuente conmigo. Yo también odio a los alambraos que le han quitao la libertad al criollo en pago del hambre y la injusticia.

FERNANDO. — Ya verá cómo cambiará todo.

DON JOSE. — Nos tienen por haraganes a los hombres de la tierra...

FERNANDO. — ¿Qué aliciente tenéis para amar el trabajo? Jornadas inhumanas y salarios de hambre... moradores de vagones y peregrinos de vía. *(Se asoma Peón, pero como ve a don José hace unas carimoñas y se oculta.)*

DON JOSE. — Usted comprende nuestra tragedia. La tragedia del campesino... La angustia de la sequía. ¡La inundación! Y los amos de la tierra no sienten ninguna de las dos. Ellos sólo se atienen a los pape-

les. Para ellos la vida del hombre tostado por el sol y endurecido por la escarcha no cuenta. ¡Pagarés!... ¡Pagarés! Diez años llevaba trabajando unas tierras ilusionado de que algún día mis hijos podrían recoger sus frutos... Pero vino la langosta, la sequía... y detrás como siempre la injusticia. Fuí arrojado a la calle... como un perro... y gracias al difunto que me dió albergue en ese pequeño rancho, sin pagarés. *(Aparece Alfredo desde el mutis.)*

ESCENA VII

Dichos y Alfredo. Después Ernestina.

ALFREDO. — Le dimos trabajo nada más...

FERNANDO. — Tu angustia es la angustia de todos los que trabajan la tierra... Esta sólo sirve de ocio de los potentados.

ALFREDO. — ¿Puedo contar con usted?

DON JOSE. — Y con mis hijos que andan por ahí errantes.

ALFREDO. — Lo primero que haremos será plantar árboles. ¡Muchos árboles! No crearemos el día del árbol, no. Para eso ya están los señores de manos enguantadas que cogen la pala para insultar a la madre tierra y al fruto de sus entrañas.

DON JOSE. — Son haraganes.

ALFREDO. — Nosotros los plantaremos no en un día determinado, sino cualquier día y en cualquier lugar que lo requiera. Con él formaremos el paisaje y en sus copas harán los pájaros sus nidos, y entre el murmullo de sus ramas y el canto de ellos llenarán nuestras vidas de alegría.

DON JOSE. — Eso es patriotismo.

ALFREDO. — Humanidad.

DON JOSE. — Nuestros hombres de campo que son la riqueza, viven en la miseria.

FERNANDO. — Yo me pregunto: ¿No somos lo suficientemente ricos para evitar esa enfermedad? ¿Es que no producimos lo suficiente para evitar la desnutrición en nuestro pueblo? ¿Somos tan pobres acaso para que mantengamos ese porcentaje tan elevado de analfabetismo? Ni lo somos, ni merecemos serlo.

ALFREDO. — Lo somos. Lo somos porque la tierra la posee quien no sabe fecundarla con cariño. Nosotros abriremos la brecha a un puñado de hombres de buena voluntad y demostraremos con hechos que la tristeza de nuestro pueblo no es heredada sino impuesta.

DON JOSE. — Así es nomás.

ALFREDO. — Cuando florezcan las mieses y puedan sus cultivadores aspirar la fragancia de sus flores y sus hijos la blancura de su pan... Cuando los niños bien nutridos tengan su asiento en la escuela y un hogar limpio y lleno de luz, veremos cómo cantan y ríen como los niños de otras partes.

DON JOSE. — *(Algo emocionado.)* ¡Señor!...

ALFREDO. — ¿Qué dices?

DON JOSE. — Que habla usted con el corazón en la mano. *(Estrechándole la mano.)* Quiero ser de los suyos. ¡Hay que "desgringar" la tierra.

FERNANDO. — Yo planté ya el primer árbol...

ERNESTINA. — Y yo me bañé en el lago la primera noche de luna. *(Desde el foro.)*

ALFREDO. — Ernestina... *(Va hacia ella.)*

ERNESTINA. — Busco a mamá. ¿No la han visto por aquí?

ALFREDO. — Está en su habitación.

ERNESTINA. — Voy a ver qué hace. *(Mutis de Ernestina, acompañada por Alfredo hasta la galería.)*

DON JOSE. — No nos conocen, señor. El criollo carece de todo. Ni lecho, ni ropa limpia para su reposo. Ni hogar ni mesa permanente. Moderno judío errante peregrina de Sur a Norte y de Este a Oeste, sin encontrar calor de nadie. Siendo su país tan extenso no tiene un pedazo de tierra a quien darle su cariño. El que dió su sangre para la conquista de su libertad política, se olvidó de la económica...

ALFREDO. — ¡Dió su sangre! La tierra está pidiéndole a gritos para que sean sus brazos libre regazo donde ella pueda reposar cariñosamente. En este pedazo de suelo se formará el primer pueblo de hombres libres, que encariñándose con la tierra le darán sus brazos y el calor de sus sueños. Aquí crearemos la escuela con su maestro pago. La biblioteca y los deportes para los niños. ¡Ya verá usted, don José, cómo transformaremos esto! *(Aparece Prudencio.)*

ESCENA VIII

Ernestina, Fernando, Prudencio, Alfredo, don José y Mercedes.

FERNANDO. — ¿Viste a la señora? *(A Prudencio que está al mutis.)*

PRUDENCIO. — Por ahí andan.

ALFREDO. — Diles que vengan.

PRUDENCIO. — Bien, señor. *(Vase Prudencio, marca el mutis y después vuelve a escena y prepara*

sobre la mesa que hay en la galería, los utensilios para tomar el aperitivo.)

DON JOSE. — ¿Van a volver a salir a caballo?

ALFREDO. — Lo que la señora disponga.

DON JOSE. — Está bien. *(Intenta el mutis.)*

ALFREDO. — ¿Dónde va? *(A don José.)*

DON JOSE. — *(Aparece Ernestina.)* Voy hasta el galpón.

FERNANDO. — Quédese usted.

DON JOSE. — Gracias, señor.

ALFREDO. — *(A Ernestina, que viene hasta donde ellos están.)* ¿Viene mamá?

ERNESTINA. — Ahí llega.

ALFREDO. — *(A Prudencio.)* Prudencio.

PRUDENCIO. — Señor.

ALFREDO. — Puedes servir un refresco. *(A Ernestina.)* ¿Has descansado?

ERNESTINA. — Sí.

MERCEDES. — Buen día, don José.

DON JOSE. — Buen día, señora.

PRUDENCIO. — Cuando los señores quieran pueden pasar. *(Van hasta la galería, donde cada cual toma su copa.)*

FERNANDO. — *(Levantando la copa.)* ¡A vuestra salud!

ALFREDO. — Gracias.

ERNESTINA. — A la de todos los enamorados de la vida.

MERCEDES. — ¡A la del fruto de tu vientre!

ERNESTINA. — Gracias, mamá. *(La besa.)*

ALFREDO. — Por que nos veamos pronto rodeados de árboles, flores, hombres que cantan, madres que ríen y niños que juegan. *(Beben.)*

DON JOSE. — *(Después de beber.)* Con permiso. *(Marca el mutis.)*

ALFREDO. — Vaya nomás. *(Mutis de don José.)*

ERNESTINA. — ¿No me hará mal?

FERNANDO. — Bebe de a poquito.

MERCEDES. — ¿No será muy fuerte?

FERNANDO. — Bebe sin miedo que aquí el aire puro evita el mareo.

MERCEDES. — ¿Fuisteis muy lejos en vuestro paseo esta mañana?

ALFREDO. — Llegamos hasta la "fuente del enamorado".

MERCEDES. — Qué nombre. ¿Cómo se les ha ocurrido llamarla así?

ERNESTINA. — ¿Pero no lo sabes, mamá?

MERCEDES. — Yo, no.

ERNESTINA. — Dicen que cuando uno se acerca a ella se oye su canto y que los enamorados lo imitan...

MERCEDES. — No está mal la comparación. "Fuente de los enamorados". Muy poético.

ERNESTINA. — Todo amor está lleno de poesía. ¿No sabías que se llamaba así? *(Gesto negativo de Mercedes.)* Es muy popular en la comarca.

ALFREDO. — ¿Qué les parece si diéramos un paseíto hasta las obras?

MERCEDES. — ¿A pie?

ALFREDO. — Como ustedes digan.

FERNANDO. — Yo me voy a fumar un cigarrillo tranquilamente.

ERNESTINA. — ¿Vamos nosotros?

ALFREDO. — Daremos el paseíto a pie...

MERCEDES. — *(Llamando.)* ¡Prudencio!... ¡Prudencio!...

PRUDENCIO. — Señora.

MERCEDES. — Puede retirar todo.

PRUDENCIO. — Está bien, señora. *(Vanse Ernestina y Alfredo tomados por la cintura; Mercedes y Fernando detrás; este último antes de salir enciende un cigarrillo, da unas bocanadas de humo y vase.)* ¡Métale retozar! *(Por Ernestina y Alfredo.)* Después dolor de muelas. ¡No ser yo dentista!... *(Aparece Peón y queda sin saber qué hacer.)* ¿Ya se enfrió?

ESCENA IX

Prudencio y Peón

PEON. — Se hace lo que se puede... *(Por Ernestina.)* Con una mocita así se juega siempre a ganar.

PRUDENCIO. — Y a perder...

PEON. — ¡Epa, compañero! No se resbale que aquí no hay jabón.

PRUDENCIO. — Ni vergüenza...

PEON. — Eso no lo dirá por mí, ¿no?

PRUDENCIO. — Y si fuera qué. *(Un poco provocador.)*

PEON. — Que yo sé tocar...

PRUDENCIO. — No tiene uñas para guitarrero.

PEON. — Pues yo le arranco quejas a las cuerdas que parecen ayes arrancaos del corazón.

PRUDENCIO. — Usted ha de llorar de oficio...

PEON. — Le han dao mal la dirección. *(Sobrándolo.)* Yo tengo el corazón blando pa las hembras y sé llorar como un niño. ¡Pero miro de cara al sol... y a los hombres! *(Lo toma de la solapa del saco)*

PRUDENCIO. — *(Cortado y sin poder hablar.)* Pero... pero usted se lo toma en serio. Yo estoy hablando en broma...

PEON. — Ta güeno... *(Fijándose en la botella que hay en la mesa.)*

PRUDENCIO. — Para que vea que yo soy amigo suyo. ¿Tomamos un vermut?

PEON. — Cuando dijo el vino que era cristiano.

PRUDENCIO. — A mí me gusta ser compañero... *(Sirviendo la bebida.)*

PEON. — Usted no es de estos pagos...

PRUDENCIO. — No. Yo soy porteño.

PEON. — Dicen que es muy grande Güenos Aires...

PRUDENCIO. — ¿Que si es?... *(Exagerando los ademanes.)* ¿Usted ve todo esto? Pues lo suma... lo multiplica...

PEON. — No se quede corto...

PRUDENCIO. — Es grande... ¡muy grande! *(Levantando la copa.)* ¡Salud! *(Bebe.)*

PEON. — Salud. *(Lo bebe de una vez.)*

PRUDENCIO. — ¿Otro?

PEON. — Para cuándo es la lluvia, dijo la tierra seca. *(Le sirve otro.)*

PRUDENCIO. — Qué papel si me emborracho...

PEON. — ¿Sabe toda la letra?

PRUDENCIO. — Para eso no se precisa.

PEON. — Es un tango que me gusta. Y como mañana voy al pueblo.

PRUDENCIO. — Tenga cuidado con las mujeres...

PEON. — ¿Son malas?

PRUDENCIO. — Lo que se dice malas... no. Pero en cuanto uno se descuida lo enganchan...

PEON. — ¿Lo dice por experencia?

PRUDENCIO. — Por lo mismo lo digo.

PEON. — ¿Ha tenido mujer?

PRUDENCIO. — ¿Mujer? ¡Mujer! *(Al oído.)* Doce en un año.

PEON. — *(A distancia se oyen unos tiros.)* Una por mes.

PRUDENCIO. — Justo.

PEON. — *(Con un poco de socarronería.)* ¿Las mantenía... a todas?...

PRUDENCIO. — *(Comprendiéndole la intención.)* Iba por turno... Yo he sido un internacional. Las he tenido francesas, turcas, italianas, rusas, criollas, japonesas...

PEON. — *(Cansado de oirle decir mentiras.)* Mentira... parece con ese tipo... ¿Quién le lava la ropa?

PRUDENCIO. — La vieja. *(Risas del peón.)*

PEON. — ¿No digo? Vea, amigo... Si precisa una *manita* ya sabe, no? ¡Ah!... *(ladinamente)* pero a mí me tienen de lavar la ropa porque no tengo vieja... ¿Qué hay de mi encarguito?

PRUDENCIO. — No he tenido oportunidad de hablar con don José.

PEON. — No piense tanto en las mujeres... después de todo siempre hay pa remplazarlas... No se me olvide que tengo de dir al pueblo y como no tengo novia... Usted me comprende, ¿no?

PRUDENCIO. — Como no, amigo. Vaya tranquilo que yo le d'ré. *(Vase Peón. Prudencio lo mira)* Es una pena que hombre tan trabajador tenga este vicio... Dice que es para matar penas... Vaya uno a saber... *(Mutis por el lado opuesto al peón. Después de una pequeña pausa aparece Ernestina, apoyada sobre el hombro de Alfredo, demudado el color de su cara y un reflejo de terror. Hay un pequeño silencio).*

ESCENA X

Ernestina y Alfredo, después Mercedes

ALFREDO. — ¡Estás temblando!... ¿Por qué no te recuestas un poco en la cama? *(Tocando sus manos y*

su frente.) ¡Tienes frío! *(Va a sentarse en uno de los sillones.)*

ERNESTINA. — ¡Pobres pajarillos! ¿Qué mal hacen? ¿A quién ofenden?

ALFREDO. — Reposa. Esto no volverá a suceder.

ERNESTINA. — *(Dejándose estar sobre el brazo de Alfredo.)* ¡Alfredo!

ALFREDO. — Les tengo dicho que no quiero oír un tiro.

ERNESTINA. — ¿Por qué arrancarles la vida?

ALFREDO. — ¿Quieres que llame a mamá?

ERNESTINA. — Bueno. *(Alfredo marca el mutis y vuelve con Mercedes. Pequeña pausa. Mercedes se precipita sobre Ernestina creyendo que es algo grave.)*

MERCEDES. — ¡Hija!... ¿Qué ha sido?

ERNESTINA. — ¡Mamá!

MERCEDES. — ¿Qué te pasa?

ALFREDO. — Un pequeño mareo.

MERCEDES. — ¿Quieres un poco de té?

ERNESTINA. — No. Déjame descansar. *(Pausa.)*

MERCEDES. — Me había asustado... ¿Se te pasa?

ERNESTINA. — Sí.

ALFREDO. — No sé cómo decirle para que me comprendan. Volveré a repetírselo. ¡Prudencio!... ¡Prudencio!

PRUDENCIO. — *(Desde la galería.)* ¿Llamaba el señor?

ALFREDO. — Busque a don José y dígale que venga.

PRUDENCIO. — Al instante. *(Vase.)*

ALFREDO. — Voy a ver si veo a papá. *(Vase.)*

ESCENA XI

Mercedes y Ernestina

MERCEDES. — ¿Te has caído?

ERNESTINA. — No, mamá. ¿No oíste unos tiros?

MERCEDES. — Sí.

ERNESTINA. — Hubieras visto qué trágico era el piar de los pajarillos...

MERCEDES. — Algún cazador.

ERNESTINA. — Casi a mis pies cayeron ensangrentados: una pareja... ¿Los padres? ¿Los hijos? ¡Qué dolor ha de ser perder un hijo!...

MERCEDES. — ¿Te quieres callar? *(Reprochándole dulcemente.)* ¿A qué viene eso ahora?... ¡No quiero que pienses en esas cosas!

ERNESTINA. — ¡Mamá! *(Se aprieta a ella.)*

MERCEDES. — Nunca nos ha sonreído la vida como ahora. Todo a nuestro alrededor es armonía y paz. ¡Todos esperando la hora feliz!... ¡Todos mirándonos en el espejo de tu cara! *(La besa.)*

ERNESTINA. — ¿Lo merezco?

MERCEDES. — ¡Quién sino tú, tesoro mío! Tienes un marido que no ve sino por tus ojos. ¡Que te adora cual si fueras una imagen... Que el sol que pidieras a buscarlo iría con tal de complacerte.

ERNESTINA. — Ya sé que todos sois a mirarme. Que estáis esperando algunos de mis caprichos para complacerme al momento. *(Transición.)* ¡Pero no puedo ver la sangre, mamá! ¡Me horroriza!

MERCEDES. — ¿A qué recordarlo más?

ERNESTINA. — Quiero alejarlo de mi memoria, pero se antepone la visión de la muerte de aquellos pajarillos inocentes...

MERCEDES. — *(Con autoridad maternal.)* ¡Basta!... ¿Por qué no recreas mis oídos con algo de música?

ERNESTINA. — No podría, mamá. *(Sufre un pequeño mareo.)*

MERCEDES. — *(Llevando las manos a la cara de Ernestina.)* ¡Hija! ¡Hija!

ERNESTINA. — Mamá...

MERCEDES. — Reposa sobre mí. *(Se deja caer y queda semidormida. Silencio y pequeña pausa. En voz baja.)* ¡Maternidad! ¡Maternidad! *(Llénase su rostro de una gran alegría y se seca unas lágrimas.)*.

ALFREDO. — *(Entra rápido, pero a una indicación de Mercedes camina despacio en puntas de pies para no hacer ruido.)*

ERNESTINA. — *(Como quien despierta de una pesadilla, grita fuerte llamando a Mercedes, encontrándose con ésta y Alfredo.)* ¡Mamá! ¡Mamá!...

ESCENA XII

Dichos, Alfredo y don José

ERNESTINA. — ¡Alfredo!

MERCEDES. — Está a tu lado.

ALFREDO. — ¿Te sientes mejor?

ERNESTINA. — Sí. *(Aparece don José.)*

DON JOSE. — ¿Manda usted algo?

ALFREDO. — Sí.

DON JOSE. — ¿Qué pasa? *(Fijándose en los rostros de todos.)*

ALFREDO. — Nada grave. Unos tiros... unos pájaros... y un sentimiento...

DON JOSE. — Son cazadores.

ALFREDO. — Dé usted orden para que silencien las escopetas. ¡Nada de sangre! ¿Me oye usted, don José? Aquí precisamos paz. Sólo en la paz y la libertad se puede crear el progreso de los pueblos. ¿Entendió?

DON JOSE. — Sí, señor.

ALFREDO. — Los pájaros son grandes compañeros del hombre, como lo es el árbol que nos da su fruto, como la fuente en que saciamos la sed. Dígale a esos hombres que no quiero sangre inútil. El silencio sólo ha de ser turbado por canciones o risas. ¡Nada de escopetas!

DON JOSE. — Así se hará. Quede tranquilo, señor.

ALFREDO. — Muy bien. Puede retirarse. *(Vase don José.)* Haré que reine un silencio creador a nuestro alrededor, sólo interrumpido por canciones del trabajo y risas de niños.

MERCEDES. — ¡Ya estás bien!... Te voy a preparar un té de menta. *(Vase.)*

ERNESTINA. — Has pasado un mal rato.

ALFREDO. — Ellos no comprenden. No los creas malos.

ESCENA XIII

Ernestina y Alfredo

ERNESTINA. — No te puedes dar una idea del efecto que me causó su piar...

ALFREDO. — Tienes una sensibilidad exquisita. ¡Qué grandeza de sentimiento!

ERNESTINA. — ¡Alfredo! ¡Cómo me reconforta este silencio!

ALFREDO. — El tonificará tu vida. No se les dará más trabajo a las escopetas. Dentro de poco saldrá la luna y empezará el canto de los grillos... El bosque y los pájaros se dirán sus cuitas y los hombres seguirán soñando... y la luna serena... Yo descansaré sobre el regazo de tu pecho soñando también en ser más bueno para con los otros... ¡Y los dos engarzaremos nuestras vidas en una sola llena de luz y libertad!...

ERNESTINA. — ¡Alfredo! *(Apasionada.)* ¡Qué grande es tu corazón!

ALFREDO. — ¡Y mientras llegue el día en que florezca tu vientre... seguiremos oyendo la sinfonía del trabajo, del arroyo, del bosque; de tu voz musical... de nuestro hijo!

ERNESTINA. — *(Apasionada, en un abrazo prieto.)* ¡Alfredo!

ALFREDO. — Saldrá el sol y lo miraremos de frente por la pureza de nuestras vidas. ¡Cantarán los pájaros, abrirán los capullos sus pétalos y nos llenarán de aroma y canción... y nosotros iremos hacia

ellos con el corazón abierto para impregnarnos de sus esencias!

ERNESTINA. — ¡Cómo me embriagan tus palabras! ¡Qué emoción siento en mi alma! ¡Hasta mis entrañas se sienten ansiosas de dar a luz su fruto para que pueda besar tus labios! ¡Háblame! ¡Háblame!

ALFREDO. — Cuando florezcan los prados y el campo se vista de gala; cuando no se respire más silencio de muerte y podamos ver, reír y cantar a los niños... Cuando el hombre pueda decir su poema al trabajo en paz y libertad... Cuando llegue ese día tendrán que cantar todas las madres del mundo entre las que estarás tú...

ERNESTINA. — ¡Alfredo! ¿Cantar qué?...

ALFREDO. — La canción que cantan las fuentes, los pájaros, los bosques... Ese día habrá que echar todas las campanas a vuelo para anunciar al mundo una nueva vida... la de la paz y el trabajo

ERNESTINA. — Escucho tu voz y siento que mis entrañas se estremecen... que una canción interior me susurra al oído. ¡Llega la primavera!... ¡La floración!... ¡El fruto!...

ALFREDO.—*(En un abrazo fuerte.)* ¡El fruto! ¡Nuestro fruto!

TELON

ACTO III

(Interior. Al foro pequeño ventanal a través del cual se ve pa te de una cascada. En primer término, derecha, puerta que conduce a las habitaciones interiores. En segundo término puerta que da al campo. En segundo término, izquierda, ya casi al foro, junto al ventanal, la cuna vacía. Para Ernestina, que al perder el hijo en su alumbramiento ha sufrido un trastorno mental, el hijo está en la cuna. La cuna, símbolo del hijo, es para ella todo. Junto a ella ríe, canta. Toda la alegría del acto anterior se ha transformado en una tragedia sólo iluminada por la sublime maternidad de Ernestina. Al levantar el telón, Ernestina está junto a la cuna. Después de una pequeña pausa se dirige hacia la puerta que da a la calle, cierra ésta y vuelve hacia la cuna, hamaca a ésta y tararea el Arrorró.)

ESCENA I
Ernestina y Mercedes

ERNESTINA. — ¡Arrorró!... ¡Arrorró!... *(Con suavidad se retira de la cuna y va hacia el ventanal, abre éste y, tomando de un pequeño recipiente invisible, arroja comida a los pájaros.)* ¡Ya me tenéis aquí! ¡Mi hijo sueña!... ¡Os llama!... ¡Canta tú, ruiseñor!... ¡Canta desde tu rama!... *(Les arroja más comida y vuelve en puntas de pie hasta la cuna.)* En esta cuna blanca... tengo yo mis amores... ¿Dónde estáis, mariposas? ¡Prestadme los colores!... Acer-

caos, pajarillos... ¡Mi niño duerme!... Pero no hagáis ruido. *(Mercedes en primer término, derecha, en situación.)* No se despierte... Dejad las ramas verdes ya, ruiseñores... y traedle a mi hijo... En fiesta, flores... *(Hay una pequeña pausa y un silencio que abarca toda la escena. Ernestina va hacia la cuna y se queda contemplativa frente a ella, Mercedes está emocionada.)*

MERCEDES. — La cuna, fuente perenne de amor y de ternura. Eres tú la que desvela nuestros sueños y nos llenas de alegría o espanto. ¡La Cuna! Fuerza sin vida. ¡Fuerza sin vida!

ERNESTINA. — *(Con gran alegría.)* ¡Sonríe! ¡Sonríe!... ¡El arroyo canta!... ¿Qué canción le dices?...

MERCEDES. — ¡Hija! *(Silencio y pausa.)*

ERNESTINA. — *(Vuelve la cabeza e indica silencio.)* ¡Sueña!... *(Va alejándose despacio, siempre con la vista puesta en la cuna. Mercedes sale al encuentro, le tiende el brazo por la cintura y marca el mutis derecha. Después de una pequeña pausa aparece Prudencio por segundo término, se acerca hasta la mesita que hay en el centro de la escena de la que retira un florero.)*

ESCENA II

Prudencio y Alfredo, después don José

PRUDENCIO. — ¡Lo que son las cosas! Ella lo ve... yo no. *(Fijándose en la cuna.)* ¿Pero quién le dice a la señora que la cuna está vacía? *(Transición.)* ¡Qué sublime es el amor de madre! ¡No digo! Yo que tengo un corazón de piedra, según dicen, la

oigo hablar con el hijo que ella cree está aquí *(la cuna)* y casi lloro...

ALFREDO. — ¿Qué haces?

PRUDENCIO. — Voy a cambiar las flores.

ALFREDO. — Está bien. ¿Salió la señora?

PRUDENCIO. — Recién estaba aquí.

ALFREDO. — *(Se sienta, enciende un cigarrillo y mira las espirales que hace el humo.)* ¿Vino el médico?

PRUDENCIO. — No, señor *(Silencio.)* ¿Manda algo más?

ALFREDO. — Nada. Puedes retirarte. *(Vase Prudencio. Alfredo se levanta y camina de una parte para otra en estado de nerviosidad.)* ¡Nos sonríe mucho la vida!... *(Aparece don José.)* ¿Qué dice, don José?

DON JOSE. — Quería saber cómo sigue la señora... Todos me preguntan por ella.

ALFREDO. — Dígale que está mejor.

DON JOSE. — No será cosa de cuidado.

ALFREDO. — Creemos que no.

DON JOSE. — Así sea. ¿Manda algo, don Alfredo?

ALFREDO. — Nada, don José.

DON JOSE. — Mis saludos... *(Vase.)*

ESCENA III
Alfredo y Fernando

ALFREDO. — Gracias. *(Transición.)* Frente a nuestra tragedia se va levantando una nueva vida. *(Va*

hacia el ventanal y mira.) Allí el trabajo y la canción... Aquí el dolor y la ternura... ¡Lo sublime! *(Cierra y vuelve a sentarse; esta vez pone sus manos en la cara y sus codos apoyados en las rodillas. Aparece Fernando, se dirige hacia él.)*

FERNANDO. — Qué... ¿vino el médico?

ALFREDO. — Aún no.

FERNANDO. — Veremos qué dice la ciencia.

ALFREDO. — Volveremos a sonreír.

FERNANDO. — ¿Y si falla?

ALFREDO. — El médico confía... *(Sin convicción.)*

FERNANDO. — ¿Por qué tratas de engañarme? Sale el dolor a tus ojos y quieres darme prueba de serenidad... No, Alfredo, no. Yo sé tu dolor. Yo sé que el hijo era la ilusión de vuestra vida... Que Ernestina era la fuente donde tú bebías... y si ese manantial llegara... pero ¡no!... ¡no! *(Pausa.)*

ALFREDO. — Tiene usted razón. ¿Qué hago yo con mi vida si la había fundido en la de ella?

FERNANDO. — No dejarse vencer. *(Sin voluntad en lo que dice.)* Hay que sobreponerse.

ALFREDO. — Esa es mi lucha. ¡Sobreponerse!... Pero no es fácil hacerlo cuando el dolor nos envuelve en sus redes y nos aprisiona, estruja nuestra alma y nuestro corazón queda destrozado... sin espíritu de lucha.

FERNANDO. — Volverá a recobrar la razón. ¡Ya verás cómo aun podré ser abuelo! *(Hay una pequeña risa que se apaga instantáneamente.)*

ALFREDO. — ¡Lo será! ¡Pidamos a la ciencia que lo sea!

FERNANDO. — Su herencia es sana. ¡Jamás supe lo que es una enfermedad! *(Aparece Norberto con una planta de helecho que coloca sobre una rinconera.)*

ESCENA IV

Dichos y Norberto

ALFREDO. — ¿Viste a la señora?

NORBERTO. — En el jardín está.

ALFREDO. — ¿Sola?

NORBERTO. — Con doña Mercedes.

FERNANDO. — Hay que alejarla lo más posible de esta habitación.

ALFREDO. — ¿Alejarla de la cuna?... Eso sería su muerte. Ella vive con el mundo que tantas veces soñara. ¡El hijo!

NORBERTO. — ¿Verdad que va mejor? Tiene mejor color... canta... ríe... ¿Saben ustedes cuándo yo me asusté? Cuando no hablaba con nadie. ¡Ni aun conmigo!... Pero ahora ya habla "¿Qué haces, Norberto?" "¿Dónde vas?" "¿Qué flores me has cortado hoy para el centro de mesa?" *(Convencido.)* ¡Está mejor!... Pero que mucho mejor.

ALFREDO. — ¡Gracias, Norberto! Nos da alientos.

FERNANDO. — Yo, como dice Norberto, encuentro una gran mejoría desde unos días a esta parte. Además dijo el médico que esto es cuestión de tiempo, pero que no hay peligro a menos que sobreviniera algún contratiempo.

ALFREDO. — No creo sea tan injusto el destino con nosotros.

NORBERTO. — Lo mejor que hay que hacer es decir que sí a todo lo que ella indique. Además, que lo dice con una dulzura que no creo haya quien se resista.

FERNANDO. — Ya lo dijo el médico: "Todos los que la rodean son parte de la medicina".

NORBERTO. — Y eso está claro. Quiere decir que tenemos que hacer lo que ella nos diga. ¿No es eso?

ALFREDO. — Así es, Norberto.

ESCENA V

Ernestina, Alfredo y Fernando, después Mercedes

FERNANDO. — *(Viendo venir a Ernestina.)* Ernestina se acerca. *(Vase Norberto.)*

ALFREDO. — *(Saliendo a su encuentro.)* ¿Has descansado? *(La besa en la frente.)*

ERNESTINA. — Alfredo... *(Va hacia él y lo besa.)*

FERNANDO. — ¿Cómo te sientes?

ERNESTINA. — Bien.

FERNANDO.—¿Oístes cantar a la calandria?

ERNESTINA. — Sí... Era ... divina... *(Acercándose hasta la cuna e indicándole a Fernando el supuesto niño.)* ¡Duerme!

ALFREDO. — Mantengamos el silencio... *(Yendo hasta la rinconera donde dejó las flores Prudencio.)* Mirá qué hermosas flores cortó hoy para ti, Norberto.

ERNESTINA. — *(Queriendo hacer memoria.)* Norberto... ¿Dónde está Norberto?

ALFREDO. — En el jardín... En su jardín como a él le gusta decir.

ERNESTINA. — ¿Te vas, papá? *(Con timidez.)* ¿Molesto?...

FERNANDO. — *(Yendo hacia ella.)* ¡Hija! ¿Pero qué está diciendo? *(La estrecha.)* ¿Cómo nos va a molestar si estamos siempre ansiosos de tu compañía?

ALFREDO. — ¿Te has desayunado?

ERNESTINA. — ¿Qué hora es?

ALFREDO. — Las nueve. ¿Quieres que demos un paseo?

ERNESTINA. — ¿Y nuestro hijo?

ALFREDO. — No turbemos su sueño. ¡Alejémonos un poco!...

ERNESTINA. — *(Desvariando.)* ¡El arroyo!... Los pajarillos... ¿Recuerdas?... *(Fijándose en Alfredo.)* ¿Por qué me miras así?

ALFREDO. — ¡Porque preciso la luz de tus ojos! *(Fernando marca el mutis sin ser visto.)* ¡Ernestina!

ERNESTINA. — *(Con el índice en los labios y los ojos en la cuna indica silencio.)* ¡Duerme!

ALFREDO. — ¿Quieres que demos un paseo por el jardín? El rocío de la noche viste su manto de plata y el perfume de las flores es más fragante.

ERNESTINA. — ¿No está papá?

ALFREDO. — Recién salió. ¿Quieres que lo llame?

ERNESTINA. — No.

ALFREDO. — ¿Te gustaría dar un paseo en auto?

ERNESTINA. — No. ¿Dónde está papá?...

ALFREDO. — Te he dicho que recién salió.

ERNESTINA. — *(Tomándole las manos.)* Perdóname, no tengo memoria. ¿Oyes? ¡Cantan los pajarillos! *(Yendo hasta la cuna acompañada de Alfredo.)* ¡Duerme, tesoro mío! ¡Duerme que yo te velo! *(Como si oyera algún ruido que pudiera despertar al niño.)* ¡Silencio!... Mi niño duerme. *(Las palabras "Duerme" y "Silencio" serán dichas con el máximo de dulzura y sensibilidad posible. Mutis de Ernestina y Alfredo al jardín.)*

ESCENA VI

Mercedes, Fernando y Prudencio

MERCEDES. — *(Caminando de un lado para otro buscando algo que no encuentra.)* No sé dónde tengo puesta la cabeza. Dónde habré puesto las llaves del armario... Es para volverse una loca... Y no es para menos. *(Yendo hacia la puerta llama.)* ¡Prudencio!... ¡Prudencio!..' *(Aparece éste cuando se indique.)* Hasta éste que es duro como el acero, según dice él, ha penetrado el dolor.

PRUDENCIO. — ¿Llamaba la señora?

MERCEDES. — ¿Has visto las llaves del armario?

PRUDENCIO. — Yo, no, señora. Quien las debe de tener es Catalina.

MERCEDES. — Puede retirarse. *(Vase Prudencio.)* Cuando digo que no sé dónde tengo la cabeza. ¿Quién va a tener las llaves del armario sino la cocinera? *(Avanza hacia el mutis y se encuentra con Fernando.)* ¿Ya estás de vuelta?

FERNANDO. — Ya. *(Se sienta.)* ¿Y Ernestina?

MERCEDES. — En el jardín.

FERNANDO. — ¿Vino el médico?

MERCEDES. — Aún no.

FERNANDO. — ¿Y Alfredo?

MERCEDES. — Junto a ella.

FERNANDO. — Cuánto sufre.

MERCEDES. — ¿Tú crees que recobrará la razón?

FERNANDO. — La ciencia dirá. Lo que importa ahora es que ella se salve. ¡Y se salvará!

MERCEDES. — Dejar truncas sus ilusiones a mitad del camino...

FERNANDO. — Yo había soñado que vendría un nuevo sol y acariciaría tu cara, tu frente... y unas manos blancas como la nieve buscarían las mías para jugar con ellas...

MERCEDES. — ¡Fernando! *(Acariciándole los cabellos.)*

FERNANDO. — ... Y fuera o'oño o invierno, viviríamos entre flores...

MERCEDES. — No te agites que te hace mal. *(Pausa.)*

FERNANDO. — Recordar nuestra juventud... nuestra primeras letras...

MERCEDES. — *(Contagiándose.)* ... Y el delantal blanco...

FERNANDO. — Serían ellos los que nos harían vivir nuevamente la vida con sus primeras lecciones .. sus llan'os y sus risas. *(Transición.)* Y eres tú,

cuna bendita, la que en vez de llenarnos de alegrías inundas nuestro corazón de penas y amargura. *(Se lleva las manos a la cara, cubriéndosela.)*

MERCEDES. — Nuestra hija sanará. ¡Sería demasiada tragedia!

FERNANDO. — Para ella tal vez no. Pero sí para Alfredo, para ti, para todos... Ella vive su vida en un mundo aparte. ¡La cuna! ¡El hijo!...

MERCEDES. — ¿A dónde vas? *(A Fernando que se ha levantado y se prepara para hacer el mutis.)*

FERNANDO. — Ni yo mismo lo sé.

MERCEDES. — Quédate hasta que vuelvan del jardín.

FERNANDO. — No puedo. Necesito distracción.

MERCEDES. — ¿Vendrás pronto?

FERNANDO. — Sí. *(Mutis de Fernando.)*

MERCEDES. — No tardes. *(Al volverse se encuentra con Prudencio, que trae las llaves.)*

ESCENA VII

Mercedes y Prudencio

PRUDENCIO. — Sírvase, señora, las llaves. *(Se las entrega.)*

MERCEDES. — Gracias. ¿Vió si están aún los señores en el jardín?

PRUDENCIO. — Sí, señora. ¡Y cómo se ríen!

MERCEDES. — ¿También ella?

PRUDENCIO. — ¿Ella?... ¿La señora?... ¡Ya lo creo!... Si uno no los conociera se diría que eran dos locos...

MERCEDES. — Esas cosas no se dicen.

PRUDENCIO. — Eso mismo digo yo... pero...

MERCEDES. — ¿Y por qué lo dices?

PRUDENCIO. — Porque no me puedo resistir... Si le digo a usted que yo pasaba al lado y oí que llamaban plata a la luna y oro al sol... ¡Y esas cosas las decía el señor, que yo creo es cuerdo!...

MERCEDES. — Basta.

PRUDENCIO. — Hay que ver lo que me he reído solo...

MERCEDES. — ¡Que se calle le he dicho!

PRUDENCIO. — *(Como arrepentido de lo que ha dicho.)* Yo, señora, no quería reírme.. pero como decían esas cosas...

MERCEDES. — Está bien. Retírese.

PRUDENCIO. — No es culpa mía, señora. Usted sabe que yo soy un fiel servidor... Yo no quisiera reírme... Yo lo siento mucho... y hasta tengo pena. Pero la risa no me hace caso y salta cuando ella quiere. *(Mutis.)*

MERCEDES. — *(Va hacia la ventana, abre ésta y después de una pequeña pausa se retira demostrando su rostro una gran alegría.)*

ESCENA VIII

Fernando y Mercedes

FERNANDO. — *(Desde la puerta.)* ¿Qué haces ahí?

MERCEDES. — ¿Ya estás de vuelta?

FERNANDO. — Ya. *(Se sienta.)*

MERCEDES. — ¿Vienes cansado?

FERNANDO. — Un poco.

MERCEDES. — ¿Por qué caminas tanto?

FERNANDO. — ¿Lo sé yo? Camino como podría hacerlo un barco sin timón... ¡Camino!... ¿Hasta dónde?... ¿Para qué?... ¡Ni yo mismo lo sé!

MERCEDES. — Bueno. Nada de tristeza.

FERNANDO. — ¡Un nieto!... Una ilusión... ¿Por qué no te has mantenido perenne frente a mi tragedia? ¿Por qué destrozas mi corazón ahora que empezaba de nuevo a vivir?

MERCEDES. — Pero no te pongas así, Fernando. ¿Es que has perdido la serenidad? ¡Fíjate en mí! Tengo el corazón de madre traspasado y recojo todas las penas y amarguras con una sonrisa en los labios...

FERNANDO. — No puedo, Mercedes.

MERCEDES. — ¿No oyes? *(Escuchando.)* ¡Ella!... ¡Nuestra hija! *(Abre el ventanal y se oyen las risas de Ernestina y Alfredo.)* ¡Ven!... ¡Ven, Fernando! *(Juego escénico desde el ventanal hacia donde se halla Fernando.)* ¿Oyes cómo ríen? ¡Ven!... ¡Míralos correr!... La entrega una flor... un beso... ¡Qué alegría! ¡Corre, Fernando! *(Fernando va hasta el ventanal, quiere reír, pero no puede.)* ¿No te ríes?...

FERNANDO. — Sí... quiero... pero...

MERCEDES. — Ríete que es salud...

FERNANDO. — *(Hace un esfuerzo por reírse, pero apenas brota una pequeña sonrisa.)*

MERCEDES — ¡Alégrate; nuestra hija ríe! ¡Ríe, Fernando! ¡Aún puede sanar!

FERNANDO. — Que la Providencia te oiga.

MERCEDES. — *(Yendo hasta el ventanal lo cierra y vuelve hasta donde está Fernando.)* Vienen hacia aquí.

FERNANDO. — Dejémosles solos. *(Marca el mutis.)*

MERCEDES. — Vamos. *(Vanse los dos. Después de una pequeña pausa entran en escena Ernestina y Alfredo. Entran riendo, pero al llegar al centro del escenario Ernestina se detiene súbitamente y por medio de una indicación ordena silencio. Alfredo trae una flor en la mano y en un impulso quiere llegar hasta la cuna para dejar la flor en ésta, pero un "No" de Ernestina lo detiene. Recoge ella la flor, la besa y la guarda en su pecho.)*

ESCENA IX

Ernestina y Alfredo

ERNESTINA. — ¡No!

ALFREDO. — ¿Qué tienes?

ERNESTINA. — ¡Silencio!... ¡Nuestro hijo duerme!... *(Se acerca hasta la cuna.)* ¿Dónde está mamá?

ALFREDO. — ¿Quieres que la llame?

ERNESTINA. — No oirá tu voz...

ALFREDO. — Voy en su busca.

ERNESTINA. — Deja, yo iré...

ALFREDO. — ¿No estás cansada? Hemos corrido mucho.

ERNESTINA. — ¿Y los pajarillos? *(Desvariando.)* ¿Ya no cantan?...

ALFREDO. — Sí. *(Simulando que los oye.)* ¿No oyes sus trinos?

ERNESTINA. — ¡Ah!, sí... ¿No viene mamá?

ALFREDO. — No sabe que estamos aquí.

ERNESTINA. — (Va hacia la cuna. Frente a ésta.) ¿Cuándo tendrás una sonrisita?

ALFREDO. — *(Hace señas a Mercedes, que se halla en el mutis, para que se lleve a Ernestina. Viene hacia ella y vanse las dos. Después de una pequeña pausa.)* Quizás la ciencia triunfe. Hemos creado a nuestro alrededor toda una vida nueva. Vamos creando un nuevo sentido del trabajo en libertad... Hemos conseguido en parte ver cantar durante el trabajo a nuestros criollos, reír a sus hijos... ver las madres sonrientes... y viene esta nube a enlutecer nuestros sueños... ¡Si la ciencia pudiera rescatármela! ¡Quiero sobreponerme a esta tragedia que me roba mi alma y no puedo! ¡Qué soledad se apodera de mí al ver la cuna vacía y una ilusión destrozada! *(Pausa.)* Ya están los campos floridos. El almendro en flor y el duraznero empieza a abrir sus capullos. ¡Ya cantan los hombres de esta tierra! ¡Ya los niños tienen infancia y las madres hogar! ¡Y tú, Ernestina mía, sufriendo la tragedia! *(Prende un cigarrillo y queda ensimismado. Aparecen Prudencio y el Doctor. Este se abraza con Alfredo y Prudencio hace mutis.)*

ESCENA X

Alfredo y Doctor

ALFREDO. — *(Con un tono más bien alegre.)* Bien, hombre, bien. ¿Qué es de tu vida?

DOCTOR. — Ya lo ves. Ernestina, ¿cómo sigue?

ALFREDO. — Lo mismo... El hijo... la luna... los pajarillos. Esto es para volverse uno loco...

DOCTOR. — *(Palmeándole el hombro.)* Calma, amigo, calma. Sólo el tiempo y la paciencia nos la pueden devolver.

ALFREDO. — ¡Su pasión era el hijo!... los hijos. ¡La oyes hablar y se te parte el corazón!

DOCTOR. — Conozco la sensibilidad de Ernestina, su cultura, su pasión por los niños y los árboles.

ALFREDO. — Te digo que es doloroso. A veces te dejas vencer por el dolor que te aprisiona y te deshace.

DOCTOR. — ¡Vamos, vamos! ¡Ni que fueras un niño!

ALFREDO. — Es la duda...

DOCTOR. — Nada de pesimismo. La ilusión del hijo es más grande que su tragedia. Ella vive alimentada por el amor materno, que es lo más sublime que hay en la vida.

ALFREDO. — Se me destroza el corazón cuando veo a papá.

DOCTOR. — Comprendo, comprendo. El nieto... recuerdos de la infancia vueltos a revivir...

ALFREDO. — ¿Cómo están en casa?

DOCTOR. — Todos bien.

ALFREDO. — ¿Vienes por muchos días?

DOCTOR. — Un pequeño reposo. Cualquier pequeña novedad que notaras, una llamada telefónica y me tienes aquí. Pero yo creo que esto no es cosa de cui-

dado. Dejemos a la ciencia del tiempo que dispone de muchos recursos. *(Aparece Fernando y se saludan efusivamente.)*

ESCENA XI

Dichos y Fernando

FERNANDO. — ¿Cuándo llegaste?

DOCTOR. — Recién. ¡Usted siempre guapo!

FERNANDO. — Vamos tirando.

ALFREDO. — Se queja de vicio.

FERNANDO. — También lo puede decir mi reuma.

DOCTOR. — Aquí desaparecerá.

ALFREDO. — Ya va desapareciendo. Para papá no hay edad.

DOCTOR. — Y que lo digas.

FERNANDO. — Dígame, amigo. ¿Cree que recobrará la razón?

DOCTOR. — No lo ponga en duda, don Fernando.

FERNANDO. — Dispénseme el olvido. Cómo están en tu casa.

DOCTOR. — Todos les recuerdan y les envían muchos saludos.

FERNANDO. — Gracias. Voy a decirles que has llegado.

ALFREDO. — Deje, iré yo.

FERNANDO. — Déjame a mí. *(Vase para volver cuando se indique.)*

ALFREDO. — ¿Cómo encuentras al viejo?

DOCTOR. — Fuerte.

ALFREDO. — Sufre mucho.

DOCTOR. — Lo comprendo. Su edad, las ilusiones que se hacen los hombres cuando van de vuelta a la infancia.... La fatalidad de que Ernestina haya quedado en ese estado... en fin, adversidades de la vida. *(Aparecen Fernando y Ernestina. Fernando le indica a Ernestina que está el doctor y ella por respuesta indica silencio.)*

ESCENA XII

Ernestina, Alfredo, Doctor, Fernando, y cuando se indique, Mercedes

ALFREDO. — *(Alegre.)* ¡Mira quién está aquí!

DOCTOR. — *(Avanza a su encuentro y le estrecha la mano.)* Dichosos los ojos...

ERNESTINA. — ¡Ah!... ¡Julio! *(Sonríe.)*

DOCTOR. — No te pregunto por tu salud porque veo que gozas de ella a raudales.

ERNESTINA. — Gracias...

FERNANDO. — Si no fueras mi hija diría que nunca has estado tan hermosa.

ERNESTINA. — ¡Papá!

ALFREDO. — A todas horas del día lo oye de mis labios. *(Ernestina se desliza hasta la cuna, la contempla y vuelve a la conversación. Como disculpa, dice.)* ¡Creí que lloraba!... Mamá... ¿dónde está mamá?

DOCTOR. — *(Ve aparecer a Mercedes y sale a su en-*

cuentro, se saludan muy familiarmente.) ¡Oh, tanto bueno!

MERCEDES. — Pero qué es de tu vida...

DOCTOR. — Se ha detenido el tiempo para usted, doña Mercedes.

MERCEDES. — Gracias por el piropo. Qué perdido andas... ¡

ALFREDO. — Hacía tiempo que no te veíamos.

MERCEDES. — Epoca de amoríos...

FERNANDO. — Este no piensa en eso.

MERCEDES. — No te descuides que los años pasan.

FERNANDO. — A lo mejor no le gusta el matrimonio.

DOCTOR. — Es que no he encontrado mi ideal.

MERCEDES. — Comprendo... comprendo... ¡Qué Julio! Ya sé que en tu casa todos están bien... ¡Los viejos siempre fuertes!

DOCTOR. — Duros como el quebracho. Para ellos no hay cambio de tiempo, ni verano ni invierno. *(A Ernestina.)* ¿Sabes quién te manda saludos?

ERNESTINA. — ¿A mí?

DOCTOR. — A vos, sí. Te envían saludos Cuquito y Pancho. Creo que pronto os harán una visita.

ERNESTINA. — ¡Cuquito!... ¿Cuántos hijos tiene?

DOCTOR. — Aun no se ha casado.

ERNESTINA. — ¡Ah!... *(Risas forzadas.)*

MERCEDES. — Les darás nuestros saludos.

ALFREDO. — Y le dices a Pancho que no pierda el tiempo.

ERNESTINA. — *(Transicción. A Doctor.)* ¿No preguntas por mi hijo?

ALFREDO. — Fué lo primero que hizo.

ERNESTINA. — *(Llevándose las manos a la cabeza.)* ¡Perdóname!... No tengo memoria.

DOCTOR. — Se dice que la memoria es de los tontos... La memoria no tiene más valor que para rendir examen sino se es muy estudioso.

ERNESTINA. — ¿Me disculpas, Julio?

DOCTOR. — Pero sí, Ernestina. ¡No faltaba más!...

MERCEDES. — ¿Cómo crees, hija, que Julio tan cumplido en todo iba a cometer semejante delito?

ERNESTINA. — ¿No conoces el lago? *(A Julio.)*

DOCTOR. — No.

ERNESTINA. — ¿Quieres que demos un paseo por él?

ALFREDO. — ¡Magnífico! *(A Julio.)* Verás una nueva riqueza material, moral y espiritual.

FERNANDO. — Verás a nuestros hombres reir...

ALFREDO. — Dos años hace ya que tenemos maestro con lo que han desaparecido de aquí los analfabetos.

DOCTOR. — ¿Tenéis escuelas?

ALFREDO. — La naturaleza...

DOCTOR. — ¿De dónde habéis traído al maestro?

ALFREDO. — Hasta ahora no sabemos ni de dónde vino ni quién es...

DOCTOR. — Pues...

ALFREDO. — Sólo sabemos que es hombre, maestro, agrónomo y "linyera".

DOCTOR. — ¿Qué?

ALFREDO. — ¡Te extraña! El nos ha dicho conocer las policías bravas... las alambradas y dormir bajo los puentes.

DOCTOR. — ¡Qué tipo interesante debe ser!

ALFREDO. — Lo es.

MERCEDES. — ¿Cuándo te vas?

DOCTOR. — Estaré ocho días.

ALFREDO. — Tendrás tiempo de ver la labor que vamos realizando de a poco.

DOCTOR. — Si lo consigues habrá que hacerte un monumento... pues la mayoría dice que lo que vos querés hacer es una locura...

ALFREDO. — Mañana te enseñaremos la pequeña fábrica de luz... y la mayor conquista de nuestro pequeño esfuerzo. ¡Nuestros hombres de campo trabajan y cantan al mismo tiempo!

FERNANDO. — Te presentaremos al señor maestro, en clase de astronomía, música o agricultura. ¡Toda una revelación! ¡Y pensar que pasaba su vida sin dar una lección a los niños! ¡Ah, y la biblioteca!

ERNESTINA. — ¡Y oirás cantar a los pajarillos para que mi niño duerma!

DOCTOR. — Es todo un poema.

FERNANDO.—¿Vamos? *(Vanse todos.)*

ALFREDO. — Ya verás qué belleza hay en este trozo de suelo. ¡Los locos mueven la historia! *(Mutis. Después de una pequeña pausa aparece Norberto con sus flores para la "Niña". Al marcar el mutis se encuentra con Prudencio, que viene con el plumero haciendo limpieza. Prudencio entra un poco enojado y a pesar de estarle hablando Norberto él sigue su responder.)*

ESCENA XIV
Norberto y Prudencio

NORBERTO. — Prudencio!... ¡Prudencio!... ¿No oyes que te estoy llamando?...

PRUDENCIO. — ¿Me habla a mí?

NORBERTO. — Sí.

PRUDENCIO. — Bueno. *(Sigue dando plumerazos a izquierda y derecha.)*

NORBERTO. — ¿Sabes dónde está la señora?

PRUDENCIO. — En los infiernos...

NORBERTO. — ¡Eh!... ¿Qué has dicho, bruto?

PRUDENCIO. — Si no está en los infiernos han bajado los d'ablos para metérsele en el cuerpo.

NORBERTO. — ¿Qué barbaridad estás diciendo? ¿Estás loco?

PRUDENCIO. — ¿Yo? No. ¡Ella!

NORBERTO. — ¡Silencio!

PRUDENCIO. — Lo mismito que ella .Al final todos van...

NORBERTO. — ¿Te quieres callar?

PRUDENCIO. — "¡Mi niño duerme!" *(Acercándose a la cuna.)* ¿Me quiere decir usted quién duerme aquí?

NORBERTO. — ¿Qué te voy a contestar? ¿Crees tú que me contestaría una piedra si yo le preguntara?

PRUDENCIO. — *(Se rasca la cabeza no sabiendo qué decir.)* Quién sabe...

NORBERTO. — ¡Qué puedes tú ver sino tienes corazón!

PRUDENCIO. — Corazón no sé. Pero vista... ¡Yo veo hasta el aire cuando se mueve de derecha a izquierda.

NORBERTO. — No seas bruto, Prudencio. Para una madre están demás las palabras. Ellas no precisan ojos para ver, oídos para oir ni lengua para hablar. ¡El corazón de madre reemplaza a todos ellos!

PRUDENCIO. — A mí no me convence con eso. Y lo que yo digo es que esas cosas son brujerías. ¡Si sabré yo de eso! ¡Tengo un libro de magia que dice cada cosa!...

NORBERTO. — ¡Basta! No quiero oir más. ¡Y cuídate bien delante de la señora!

PRUDENCIO. — No se crea que a mí no me da pena de la señora. Pero lo del hijo en la cuna... Eso es lo que no me cabe en la cabeza. ¡Será que la tengo muy dura! *(Golpeándosela.)* Puede que sea como usted dice... Y siendo así. *(Transición.)* ¡Yo también tengo mi corazón! ¡Qué jorobar!... *(Vase Prudencio, y Norberto, que se ha ido acercando a la cuna, se fija en ésta.)*

NORBERTO.—Sólo la maternidad te comprende. ¡Bendita maternidad! *(Vase.)*

ESCENA XV

Doctor, Alfredo, y Fernando

DOCTOR. — *(Aparecen en amable charla.)* ¡Esto es maravilloso!

ALFREDO. — Pues aún no has visto nada. Ya tenemos en marcha un pueblo libre... Una colmena de seres humanos que al trabajar, cantan.

DOCTOR. — Eres el eterno soñador.

ALFREDO. — ¡Hechos! ¡Hechos!

FERNANDO. — ¿Qué dicen por allá los amigos de este Quijote?

DOCTOR. — Hay quien lo toma en serio... otros no afirman lo mismo.

ALFREDO. — Dilo claro; me toman por loco. ¡Es que ninguno de ellos sabe lo que son sueños! Ahí están los rosales floridos o por florecer, ahí están los niños que ya saben cantar y reír!

DOCTOR. — Puede que tengas razón Alfredo. Hay que enraizarse en los sueños para darles cuerpo en la realidad.

ESCENA VXI

Ernestina, Alfredo, Mercedes, Doctor y Fernando

ERNESTINA. — *(Desde el mutis.)* ¿Quién acuna a mi hijo?

ALFREDO. — ¡Mis brazos!

FERNANDO. — ¡Los míos!

MERCEDES. — Los de todos.

ERNESTINA. — ¡Gracias!... ¡Gracias!... ¿No cantan más los pajarillos?

ALFREDO. — *(A Doctor.)* ¿Lo ves?

DOCTOR. — No importa.

FERNANDO. — Es la hora del reposo.

ERNESTINA. — ¡Mi niño duerme en su cuna!...

MERCEDES. — *(Tratando de desviar la conversación.)* ¿Pero no te sientas, Julio?

DOCTOR. — Tengo que hacer varias visitas por estos pagos. Tengo que ver a los Méndez... a los García... a la familia de Cuquito, que anda por aquí. En fin, traigo muchos encargos, mucha voluntad para hacerlos y no me sobra el tiempo.

ERNESTINA. — ¿Ya te vas, Julio?

DOCTOR. — Tengo mucho que hacer.

MERCEDES. — Te esperamos mañana para almorzar.

FERNANDO. — Tú lo has dicho.

ERNESTINA. — *(Desvariando.)* ¿Tendremos canciones, música... pájaros... ¿Dónde estás, ruiseñor? *(Transición. Va hasta la cuna.)* Mi niño está despierto... Dale ya tu canción...

ALFREDO. — Así la tienes día tras día.

DOCTOR. — Esa puede ser su salvación.

MERCEDES. — *(Acercándose a ella.)* ¡Vamos, hija, que Julio se marcha...

ERNESTINA. — ¿Ya te vas? *(Yendo hacia él.)* ¿Tan pronto?

DOCTOR. — Te visitaré de nuevo antes de irme. *(Se preparan para el mutis y cuando desaparecen todos vuelve Ernestina con paso silencioso hasta donde está la cuna. Después de una pequeña pausa se acerca Norberto con unas rosas en la mano y antes del mutis lo ve Ernestina.)*

ESCENA XVII

Ernestina y Norberto

ERNESTINA.—¿De dónde vienes?

NORBERTO. — De regar mis flores.

ERNESTINA. — *(Acercándose.)* ¿No llora el rosal cuando le arrancan sus hijos?

NORBERTO. — Si fuera para destrozarlos, sí. ¡Pero cuando sabe que han de ser acariciados por manos delicadas, cuando has de ser tú, toda dulzura y bondad, quien ha de aspirar su perfume, sólo puede darte las gracias!

ERNESTINA. — ¿Qué traes para mi hijo?

NORBERTO. — La ternura y bondad que puse en ti cuando te dormía en mis brazos... Las canciones que sin llegar a comprender te hacían dormir sobre mis rodillas al compás de sus movimientos.

ERNESTINA. — ¡Qué bueno eres Norberto! ¿Por qué no le cantas esas canciones a mi hijo?

NORBERTO. — Duerme y no sería justo despertarlo. *(Intenta el mutis.)*

ERNESTINA. — ¡Duerme! ¿A dónde vas?

NORBERTO. — Al jardín. ¿Me precisas?

ERNESTINA. — No. ¿Qué haces en él?

NORBERTO. — Cultivo flores... *(Mutis.)*

ERNESTINA. — *(Desvariando.)* ¿Y los pajarillos? ¿No cantan? *(En situación de escuchar.)*
(Hablando con los pájaros.)

Cantad pajarillos
¡Os lo ruego yo!
¡Ya despertó mi niño
Al oir la canción!

(Pausa. Escucha.)

¡Gracias, amigos, gracias!
¡Picaflor... ruiseñor!
¡Cómo endulzan mi alma
Vuestra voz!... y color.

(Va hasta la cuna, observa ésta y después de una pequeña vacilación dice en voz baja.)

Y mi niño, ¿qué dice?
¡Otra vez se durmió!

(Va hacia el ventanal, cierra éste y por la derecha va entrando el rayo lunar. Ernestina se acerca a la cuna y después de un pequeño silencio hamaca la cuna y dice en voz baja, entre recitado y hablado.)

Ya se acerca la luna
Mi niño, a saludarte,
Y con ella el lucero,
Su acompañante.
¡Duerme mi cielo!
¡Que tus sueños y risas
Yo siempre velo!
Un ruiseñor me dijo
Que él también canta y besa
Siempre a su hijo.

(Preparándose para el mutis.)

Yo te sigo rondando *(Al mutis.)*
¡No despiertes mi niño!
¡Sigue soñando!

ESCENA XVIII

Ernestina y Norberto

(Mutis. La escena queda sola, y después de una pequeña pausa, aparece Norberto por el lado opuesto en que Ernestina hace el mutis.)

ERNESTINA. — ¡Qué bueno eres Norberto! *(Lo acaricia pasándole la mano por el cabello.)* ¿Para quién las cultivas?

NORBERTO. — ¿Para quén sino para ni niña? ¡Sólo tu corazón es digno de marchitarlas! *(Emocionado, asoma una lágrima a sus ojos.)*

ERNESTINA. — ¿Lloras?

NORBERTO. — No... no lloro... Es que el recuerdo de tu infancia me llena de alegría y brotan a mis ojos... Pero no... no lloro...

ERNESTINA. — Cántale una canción a mi hijo...

NORBERTO. — Turbaríamos su sueño... ¡Ya cantarán los pájaros y los niños!... ¡Ya cantarán!... *(Mutis.)*

ERNESTINA. — *(Yendo hasta la cuna contempla ésta y marca el mutis hablando quedamente.)* ¡Cantaremos! ¡Cantaremos a coro con nuestros amigos los pajarillos... que vendrán a posarse en nuestras manos en

prueba de amistad... ¡Cantaremos! ¡Cantaremos, mi niño! *(Mutis.)*

ESCENA XIX

Fernando y Ernestina

FERNANDO. — *(Emocionado.)* ¡El hijo! ¡La cuna! El hijo que en tu locura santa crees tenerlo entre tus brazos. ¡Sublime maternidad! Es ésta la que te hace luchar contra la muerte que te robó el cuerpo, la materia que llevaste en tus entrañas pero que no pudo robarte su alma... *(Aparece Ernestina. Transición.)*

ERNESTINA. — ¿Qué haces, papá?

FERNANDO. — Busco un libro que no sé dónde lo he puesto.

ERNESTINA. — ¿Qué libro?

FERNANDO. — "El cultivo del sentimiento".

ERNESTINA. — Ah... *(Marca el mutis Fernando.)* ¿Te vas?

FERNANDO.—¿Quieres que me quede?

ERNESTINA. — No. *(Viendo irse a Fernando.)* ¿No besas a mi niño?

FERNANDO. — Qué cabeza tengo. Tienes razón, hija. *(Se acerca hasta la cuna, se inclina y vase. Ernestina, después de una pequeña pausa, como si durante ella hubiera sido capaz de pensar algo, se mueve por toda la escena como si buscara el libro de Fernando. De pronto vuelve hasta la cuna y monologa con el hijo.)* ¡Tesoro mío! ¿No me haces una risi'a? ¿Por qué no ríes?... Los pajarillos cantan... Rondan tu sueño... Ruiseñores y alondras... ¡Canta tu cielo!...

¿Por qué no cantas, sí tu madre te acuna?... Y te alumbra el lucero... ¡Ronda de lunas!... *(Mercedes, al mutis, no puede resistir la emoción y llega hasta Ernestina y la besa.)*

ESCENA XX

Ernestina y Mercedes

MERCEDES. — ¡Hija! *(La besa.)*

ERNESTINA. — ¡Mamá! *(Acariciándole la cara.)* ¡Lloras?

MERCEDES. — De alegría, hija. Recuerdo tu infancia cuando yo te mecía y cantaba canciones dulces...

ERNESTINA. — ¡Mamá!

MERCEDES. — Cantaba y reía al mismo tiempo...

ERNESTINA. — ¡Yo no puedo llorar!... ¿Por qué no lloro? *(Aparece Alfredo y al ser visto por Mercedes marca el mutis al mismo tiempo que Ernestina ríe fuertemente.)* ¡Yo río... río!.. *(Ríe fuerte y cuando termina su risa se encuentra con Alfredo.)*

ESCENA XXI

Ernestina y Alfredo

ALFREDO. — ¡Ernestina!

ERNESTINA. — ¿Te gusta mi canción?

ALFREDO. — ¡Es sublime!

ERNESTINA. — Es para el hijo...

ALFREDO. — Tierna canción...

ERNESTINA. — ¿No lloras? *(Llevándolo hacia la cuna.)*

ALFREDO. — Retengo las lágrimas.

ERNESTINA. — ¿Para qué?

ALFREDO. — (*Apasionado.*) ¡Para ablandar la senda por la cual caminaremos en pos de nuestro ideal. ¡Para no empañar mis ojos porque necesito mirarme en ti, espejo de mi alma, regazo de mis penas, esperanza de mis sueños!

ERNESTINA. — (*Moviendo inconscientemente la cuna.*) A la orilla del arroyo... ¿Recuerdas, mi dueño?...

ALFREDO. — ¡Ernestina! (*Tomándole sus manos.*) ¿Oyes? (*A lo lejos se oye una pequeña ronda de niños.*)

ERNESTINA. — Cantad, pajarillos. (*En un grito de alegría.*) ¡Despierta! ¡Mi hijo despierta!

ALFREDO. — ¡Nuestros niños! ¿Oyes? ¡Ya cantan nuestros niños! ¡Ya cantan las aguas y los pájaros! ¡Las herramientas de paz también cantan, la canción de la vida, que es trabajo y libertad!

ERNESTINA. — (*En un grito de alegría y llanto al mismo tiempo.*) ¡Despierta! ¡Mi niño despierta! (*Mientras Alfredo la besa en un abrazo prieto ella suelta el llanto torrencialmente.*)

TELON LENTO

OBRAS DEL AUTOR

TEATRO:

EEDERICO GARCIA LORCA
("EL CRIMEN FUE EN GRANADA")
Prólogo de Angel Ossorio y Gallardo

EL IMPERIO DE LA FUERZA

LA DESCONOCIDA

SIN NOVEDAD EN EL FRENTE
E. Remarque
(Teatralización)

LA MADRE
M. Gorki (teatralización)

FRENTE A FRENTE

LA GUERRA

¿MATAR?... NO...

VICTORIA

LA JUSTICIA
(Colaboración)

POEMAS:

LA VOZ DE LOS NIÑOS

PRÓXIMA PUBLICACIÓN

ROMANCE DE ENAMORADOS

EN PREPARACIÓN

LA VOZ DE LOS HOMBRES

ROMANCE DE MAR Y LUNA

¡ESPAÑA HERIDA!

Este libro se terminó de imprimir el 8 de diciembre de 1948, en los Talleres EL GRÁFICO, *Impresores*, calle San Luis 3149, Buenos Aires.